La Vida Después De La Muerte

Yogi Ramacharaka

Acerca del Mas Allá

No es posible encender en otros seres la llama que iluminó todos los caminos del hombre sobre la tierra sin tener en cuenta -y de una manera viva- el problema de lo que vendrá después de la muerte. Es de todo punto imprescindible anotar que un vivo temor, fuera de toda lógica, asalta a los occidentales cuando se enfrentan con la proximidad de la otra orilla. Existen excepciones entre los místicos y entre aquellos que poseen una fe profunda; pero son excepciones. Lo corriente es que el ala del terror se apodere de aquellos que se hallan en el trance de abandonar el mundo.

Alguien dijo una vez que la tierra sólo es abandonada por quien quiere abandonarla. Esto lo conocen a fondo todos los filósofos orientales, muy en particular los hindúes. Este concepto fue en cierto modo inaccesible a las inteligencias de Occidente hasta que algunas mentalidades superiores de Oriente, quienes a su vez conocían a fondo la mentalidad occidental, se dedicaron a aclararnos el problema. Entre los que emprendieron esta tarea sobresalen hivekananda y Ramacharaka. El primero, para emplear una expresión occidental, se expresa en un idioma metafísico; el segundo, es eminentemente práctico, por cuanto ha comprendido más de cerca las necesidades de Occidente.

Por esta razón la obra que reeditamos hoy se considera una de 1as más accesibles a todas las inteligencias. No es difícil extenderse en largas divagaciones a propósito de la posición del yogi Ramacharaka, si las relacionamos con algunos de los grandes poetas ocultistas -como Dante Alighieri, Milton o Virgilio-; pero tal exposición exegética trascendería los límites de esta obra. Y, en último análisis, Ramacharaka lo ha comprendido así al eliminar todas aquellas expresiones que puedan oscurecer la comprensión del lector. A pesar de ello, nada de lo fundamental está excluido; y todos aquellos que sigan atentamente y sin precipitaciones e1 decurso de este libro podrán formarse una idea exacta del problema que nos ocupa. En todo caso, nada más confortador que llegar por anticipado al convencimiento de que la muerte no es otra cosa que un tránsito y que sólo depende de nosotros asomarnos a él sin que abrumadoras telarañas nos enturbien el espíritu. Y esto lo prueba el Yogi Ramacharaka de manera sencilla y concluyente. Como nos prueba también que existe una medida de la vida que es inseparable del paso postrero, porque tal paso no es más que el acceso a planos que nos llevan -como D'Annunzio quería- hacia una más vasta vida.

LOS EDITORES

CAPÍTULO I
El Más Allá

Una de las preguntas que con más frecuencia escuchan; los instructores de la sabiduría oriental es "¿Qué enseñáis, acerca del más allá de la muerte?"

Al ocultista experimentado siempre le parece extraña esta pregunta, pues le produce el mismo efecto que si preguntaran a cualquiera: "¿Qué enseñáis acerca de la acera de enfrente de la calle?"

Desde luego que mayúscula fuera la extrañeza de quien escuchara semejante pregunta, pues para saber lo que hay en la acera de enfrente de la calle le bastará al interrogador verlo con sus propios ojos.

El instructor oriental ya no se admira de la multitud de pruebas del resultado de las meramente teóricas y dogmáticas enseñan.za de la mayoría de instructores y predicadores del mundo occidental, que son "como ciego que guía a otro ciego", pues carecen de medios para comprobar sus afirmaciones y se contraen a transmitir lo que ciegamente recibieron de otros, quienes a su vez allegaron del mismo modo su instrucción.

Por el contrario, en Oriente hay muchísimos individuos de muy evolucionadas facultades psíquicas y espirituales para quienes los fenómenos de la otra vida son tan familiares como los de la terrena, y el mundo de ultratumba es para ellos tan real y efectivo como el ordinario ambiente del mundo físico.

Para los ocultistas avanzados no es el más allá un mar inexplorable sino tan perfectamente conocido en sus corrientes, profundidades, islas y generales características como para el experto marino occidental pueda serlo el Atlántico.

Además, a todo oriental instruido se le enseñó desde niño que los fenómenos del otro mundo no han de ser materia de creencia por fe, sino que pueden conocerlos efectivamente cuantos quieran emplear tiempo y estudio en educir las superiores facultades latentes en todo ser humano.

Sin embargo, por la misma razón, el avanzado ocultista oriental se ve perplejo, por no decir desalentado, cuando ha de comunicar sus conocimientos sobre el asunto a los estudiantes occidentales cuya mente repugna por instinto aceptar la verdad según la aceptan los estudiantes orientales.

Como quiera que el occidental no ha realizado por positiva experiencia ciertos fenómenos psíquicos y espirituales en que se fundan las enseñanzas sobre este punto, exige "pruebas concluyentes" de dichos fenómenos antes de pasar adelante.

Por otra parte, para conocer estos fenómenos es indispensable experimentarlos personalmente, y así no valen argumentos ni razones para convencer de una verdad que ha de servir de fundamento a las enseñanzas.

En consecuencia, el estudiante occidental, o bien acepta por fe las afirmaciones del instructor o las disputa por conjeturas y especulaciones; y como en Occidente se cuentan por millares las conjeturas y especulaciones de esta índole, el estudiante puede muy bien excusarse de no aceptar ninguna de ellas, porque, según suele argüir: "tan buena es una hipótesis como otra".

Al exponer los fenómenos del más allá, a que está dedicado este volumen, debe advertir desde luego el estudiante que no se le podrá proporcionar ninguna prueba material si no tiene muy actualizadas sus facultades psíquicas y espirituales, porque sin ellas la prueba demandada sería semejante a la que un ciego exigiera de la existencia de los colores o un sordo de la del sonido.

La naturaleza de las cosas impide dar prueba material en dicho caso.

¿Qué método cabría emplear para explicar la sensación gustativa del azúcar a quien jamás hubiese probado un dulce?

Por tanto, téngase muy en cuenta que las enseñanzas de este libro no se exponen como prueba de los fenómenos del otro mundo, sino tan sólo a manera de relato de un viajero que vuelve de un país extraño y cuenta las peripecias de su viaje y lo que allí ha visto.

Dijimos a los estudiantes de nuestras primeras lecciones: "Los instructores orientales no exigen de nadie que acepte ciegamente lo que se le enseña. Por el contrario, advierten al estudiante que sólo acepte por verdad lo que haya comprobado personalmente, pues ninguna verdad es verdadera hasta que uno la ha corroborado por su propia experiencia.

"Pero también se le advierte que para comprobar así una verdad ha de educir y vigorizar las facultades indispensables para la comprobación.

"El instructor sólo quiere que el estudiante confíe en él como en quien le señala el camino, y así le dice: `Éste es el camino. Ve por él y encontrarás lo que te he enseñado. Tómalo, pésalo, mídelo, pruébalo y lo conocerás por ti mismo. Cuando llegues a cualquier punto del camino sabrás tanto como yo y quienquiera que haya pasado por aquel punto; pero hasta que allí llegues no tendrás más remedio que aceptar cuanto te digan quienes ya lo traspusieron o rechazar todo cuanto a dicho punto se refiera. No aceptes nada definitivamente hasta que por ti mismo lo hayas comprobado; mas si eres prudente aprovecharás los consejos y experiencias de quienes en el camino te precedieron. Cada cual ha de aprender por experiencia, pero los ya experimentados pueden señalar el camino a los inexpertos. En cada etapa observarás que quienes ya están más adelante dejaron señales, hitos y marcas para instrucción de los que les seguían. El hombre prudente aprovecha estas señales. No te exijo fe ciega sino tan sólo confianza hasta que seas capaz de demostrar por ti mismo las verdades, que te expongo, como a mí me las expusieron mis instructores. ' Los escépticos occidentales podrán objetar que no damos "pruebas científicas" de nuestras afirmaciones acerca de los fenómenos del más allá.

Si por "pruebas científicas" se entienden las de la ciencia física; estamos de acuerdo en que no las aducimos; mas para los ocultistas avanzados el adjetivo "científico" tiene un significado mucho más amplio.

Quien espere pesar, medir y calcular las cosas espirituales con métrica. material fracasará sin remedio, pues nunca obtendrá la deseada prueba.

Los aparatos físicos sólo sirven para objetos físicos, y el mundo espiritual tiene peculiares aparatos con que registrar sus fenómenos.

Por tanto, deseamos que comprenda bien este asunto quien comience a estudiar este libro, y sepa de antemano que no le ofreceremos ninguna prueba material, pues en parte alguna se hallarían semejantes pruebas.

Tampoco argumentará este libro, porque no hay base de argumentación entre los que ven el más allá y aquellos cuya visión se contrae al plano físico.

Sin embargo, esto no significa que vayamos a exponer un cúmulo de absurdas afirmaciones con la pretensión de que el lector las reciba como artículo de fe. Lejos de nosotros semejante intento.

Porque aunque la razón por sí sola no sea capaz de rasgar el velo que separa la vida de la muerte, puede, no obstante, si está libre de prejuicios dogmáticos, percibir cierta racionalidad en las afirmaciones verídicas de los fenómenos del mundo invisible, que por lo congruentes con

otros fenómenos ya aceptados explican racionalmente lo que de otro modo fuera inexplicable. En resumen, se verá que nuestras enseñanzas concilian hechos en apariencia antitéticos y enlazan muchos puntos obscuros que, si bien aceptados por la razón, no se habían podido estructurar ordenadamente en un concepto mental.

Exhortamos al lector a que difiera su juicio hasta leído atentamente todo el libro y bien considerado lo leído.

Aun así, convendrá que vuelva a leer y considerar cuanto exponemos, y después se pregunte: "¿No parece todo esto lógico y probable?" Si sólo puede aceptarlo como hipótesis, que con ello se satisfaga, aunque nosotros sonreiremos de que tome por hipótesis lo que experimentalmente comprobaron los ocultistas de toda época.

Pero si detenidamente se consideran las enseñanzas expuestas en este libro, resultarán cada vez más razonables según transcurran los años, pues todas las experiencias del individuo se acomodarán al carácter general de las enseñanzas, que irán substituyendo a los viejos y rutinarios conceptos.

No es fácil apartarse o desechar la verdad una vez conocida, porque hurgará con irresistible prurito luego de alojada en el oído mental de quien la escuche, y tras el oído está aquella parte del ser humano que aunque revestida de varias envolturas conoce la verdad.

Por mucho que la niegue el individuo no podrá substraerse a la verdad una vez que su semilla le haya caído en la conciencia, porque la nutrirá la subconciencia y en tiempo oportuno brotará y florecerá.

De suerte que no importa si el lector es incapaz de asimilarse las enseñanzas desde luego, porque largo es el tiempo y cada cual lo tendrá de sobra para madurar la lección.

Al fin y al cabo, toda enseñanza no es más que un procedimiento de siembra.

Algunas semillas caerán en pedregales; otras en las márgenes del camino donde las devoren las aves; otras en suelo estéril; pero no dejarán de caer, aunque sean pocas, las que arraiguen en feraz terreno y con el tiempo broten, entallezcan, ahijen, medren, florezcan y fructifiquen.

CAPÍTULO II
La Ilusión de la Muerte

La humanidad está hipnotizada por la idea de la muerte. El vulgar empleo de esta palabra denota la ilusión.

En labios de quienes debieran tener mayor conocimiento oímos expresiones como las de "la implacable guadaña de la muerte", "tronchada en la flor de su edad", "desaparecido para siempre", "todo acabó para él", "pérdida irreparable", etc., al hablar de una persona que acaba de marcharse de este mundo, como si diesen a entender que ha dejado de existir y ya no es nada.

Sobre todo en el mundo occidental predominan estas pesimistas y escépticas ideas, a pesar de que la religión cristiana allí prevaleciente describe las delicias del cielo en tan vigorosos y atractivos términos que todos sus fieles deberían desear el tránsito a tan feliz y dichosa vida.

Si los cristianos creyeran sinceramente lo que su esotérica religión les enseña y promete, en vez de lamentarse amargamente y vestirse de luto cuando alguno de sus deudos y allegados muere con las debidas disposiciones, habrían de entonar cantos de júbilo y engalanarse floridamente por haber pasado el ser querido a la dichosa, feliz y bienaventurada vida celeste.

La generalidad de las gentes, no obstante la fe que profesan, temen la muerte, les espanta su imagen y les conturba su recuerdo con invencible terror.

Sin embargo, quienes conocen la ilusión de la muerte no experimentan tan siniestras emociones; y aunque naturalmente sientan la temporánea separación del ser amado, saben que no lo han perdido para siempre, sino que tan sólo pasó a otra fase de vida y que nada de él se ha aniquilado.

Relata una secular fábula índica que al notar una oruga la languidez anunciadora del fin de su estado reptante y el principio de su largo sueño de crisálida, reunió a sus compañeras y les dijo: "Triste es pensar en el forzoso abandono de esta vida que tan halagüeñas venturas me prometía. Segada por la guadaña de la muerte en la flor de mi existencia, soy un ejemplo de la crueldad de la Naturaleza. ¡Agur! mis buenas amigas, ¡agur! para siempre. Mañana ya no existiré." Acompañada por las lágrimas y lamentaciones de las amigas que rodeaban su lecho de muerte, la oruga pasó a su otro estado. Una vieja oruga exclamó tristemente: "Nuestra hermana nos ha dejado. Su destino es también el nuestro. Una tras otra nos abatirá la guadaña destructora como a la hierba de los prados. La fe nos mueve a esperar otra-vida, pero acaso sea una vana esperanza. Ninguna de nosotras sabe nada de cierto sobre otra vida. Lamentamos el común destino de nuestra raza." Después se marcharon todas tristemente.

Bien claro se echa de ver la ironía de esta fábula y nos sonreímos de que la oruga ignore la gloriosa vida que le espera cuando despierte del sueño de la muerte y se metamorfosee en policromada mariposa. Pero no hemos de sonreírnos, porque todos tenemos la misma ilusión que la oruga.

Esta secular fábula simboliza en unas formas inferiores de vida la ignorancia e ilusión de la humanidad.

Todos los ocultistas reconocen en los tres estados de oruga, crisálida y mariposa una imagen de la transformación que aguarda a cada ser humano.

Porque la muerte para el hombre no es más que el estado de crisálida para la oruga.

En ninguno de ambos casos cesa la vida por un solo instante, sino que persiste mientras la Naturaleza efectúa sus transformaciones.

Aconsejamos al lector que se asimile la moraleja de esta fábula índica que de siglo en siglo y de generación en generación aprenden los niños hinduistas.

Estrictamente hablando, desde el punto de vista oriental no existe la muerte.

Este nombre es una mentira y su idea una ilusión nacida de la ignorancia.

No hay muerte. Sólo hay vida con muchas fases y modalidades, a una de las cuales llaman "muerte" los ignorantes.

Nada muere realmente aunque todo experimenta un cambio de forma y actividad.

Así dice el Bhagavad Gita:

"Nunca nació el espíritu ni nunca dejará de ser. Nunca hubo tiempo en que no fuera, pues sueños son el principio y el fin. Sin nacimientos ni muertes ni mudanzas permanece el espíritu por siempre. La muerte no lo toca, aunque parezca muerta la casa en que mora."

Los materialistas arguyen frecuentemente contra la inmortalidad del alma diciendo que todo en la naturaleza se disuelve y destruye.

Si así fuese resultaría lógico inferir de ello la muerte del alma; pero en verdad no hay nada semejante porque nada muere realmente.

Lo que llamamos muerte o destrucción, aun del más insignificante ser inanimado, no sé más que un cambio de forma o condición de su energía y actividades.

Ni siquiera el cuerpo muere en el estricto sentido de la palabra. El cuerpo no es una entidad sino un agregado de células que sirven de vehículo a ciertas modalidades de energía que las vitalizan.

Cuando el alma deja el cuerpo, las células se disgregan en vez de agregarse como antes.

La unificante fuerza que las mantenía agregadas retiró su poder y se manifiesta la actividad inversa.

Ha dicho acertadamente un autor: "Nunca está el cuerpo más vivo que cuando muerto." Y ha dicho otro autor: "La muerte no es más que un aspecto de la vida, y la destrucción de una forma material es el preludio de la construcción de otra."

Así vemos que el silogismo de los materialistas carece de premisa mayor y por tanto ha de ser forzosamente falsa la conclusión de todo razonamiento en él fundado.

Pero ni los ocultistas expertos ni nadie que esté algún tanto espiritualizado tomarían en serio el argumento de los materialistas, aunque fuera cien veces más lógico.

Porque han educido y actualizado sus superiores facultades psíquicas y espirituales que les dan a conocer que el alma no perece cuando se disgrega el cuerpo.

Cuando el individuo es capaz de desprenderse temporáneamente de su cuerpo físico y actuar efectivamente en los planos ultraterrenos, le parece fútil y absurda toda discusión especulativa sobre la vida después de la muerte:

Si un individuo que no ha llegado todavía a la etapa de desenvolvimiento psíquico y espiritual en que se tiene prueba sensoria de la supervivencia del alma, demanda una prueba de ella, digámosle que en vez de fijar su mirada mental en el exterior la enfoque, en su interior y allí hallará la prueba deseada.

Porque, como nos enseña la filosofía, el mundo interno es mucho más real que el mundo externo de los fenómenos.

En efecto, el hombre no tiene un positivo conocimiento del mundo exterior, pues todo cuanto posee es el informe que el interno le proporciona de las impresiones recibidas del exterior.

El hombre no ve el árbol que mira, sino tan sólo la imagen invertida del árbol retratada en su retina.

Además, su mente ni siquiera percibe esta imagen, sino sólo el vibratorio informe de los nervios cuyos filamentos terminales excitó la imagen. ·

Así no hemos de avergonzarnos de aprovechar las reservas acopiadas en las intimidades de la mente donde permanecen muchas profundas verdades.

En las regiones subconsciente y superconciente de la mente está el conocimiento de muchas fundamentales verdades del universo, entre ellas las dos siguientes: 1º, la certidumbre de la

existencia de una suprema Potestad que compenetra y mantiene el universo; ZQ, la certidumbre de la inmortalidad de nuestro verdadero ser, del íntimo Yo que ni el fuego abrasa ni el agua ahoga ni el aire aventa.
La vista mental enfocada en nuestro interior hallará siempre el Yo con la certeza de su indestructibilidad.
Desde luego que esta prueba es muy diferente de la que requieren objetos de materia física; pero ¿qué importa?
La verdad buscada pertenece a la interna vida espiritual y no a la externa física, y así por dentro y no por fuera se ha de buscar al alma.
La mente concreta sólo puede relacionarse con objetos físicamente materiales; la mente superior, subjetiva o intuicional, se relaciona con objetos psíquicos y espirituales.
La mente concreta se relaciona con el cuerpo y la intuitiva con el alma de las cosas. Por lo mismo, hemos de buscar el conocimiento respectivo en la región apropiada de nuestro ser.
Dejad que el alma hable por sí misma y escucharéis su sonoro, armónico, vigoroso y esplendente canto, que dice: "No hay muerte, no hay muerte, no hay muerte. No hay más que vida, y esta vida es ETERNA." Tal es el canto del alma. Escuchadlo en el silencio, porque únicamente así podrán llegar a vuestro oído sus vibraciones.
Es el canto de Vida negador de la muerte. No hay muerte. Sólo hay eterna, sempiterna vida.

CAPÍTULO III
Planos De Existencia

Una de las ideas elementales de la filosofía yogi que resulta de más difícil comprensión para la ordinaria mentalidad occidental, es la de los planos de vida; y esta dificultad sube de punto cuando el estudiante occidental trata de comprender las enseñanzas yogis referentes a la vida ultraterrena.

La mentalidad occidental insiste en concebir ubicada en un lugar la vida del alma después de la muerte física.

De ello tiene gran parte de culpa la teología occidental, aunque también se ha de considerar la propensión de la mentalidad occidental a considerar en términos de objetiva existencia la vida ya desligada del mundo objetivo.

Las personas vulgarmente religiosas de Occidente creen que el "cielo" es un lugar situado en algún punto del espacio, con hermosas viviendas de piedras preciosas y calles pavimentadas de oro.

Aun quienes han trascendido esta pueril idea no alcanzan a concebir su cielo como un estado y no como un lugar.

Para la mentalidad occidental es muy difícil formar un conconcepto abstracto del cielo y por ello insiste en *situarlo en el espacio*.

Por el contrario, la mentalidad oriental concibe muy fácilmente la idea de los diversos planos de existencia.

Siglos de familiaridad mental con este asunto han dado al concepto de los planos tan definida claridad como en Occidente al de lugar.

Hemos encontrado pensadores occidentales que sonrientes confesaron que no podían separar su concepto de "planos" del de una capa o superficie plana de sustancia material. Pero este concepto es tan erróneo como el de lugar. Por plano se entiende un estado de conciencia y no un lugar en cualquier sentido que se tome esta palabra. Así pues, conviene eliminar la idea de lugar de la de *plano*.

Un plano es la condición o estado de actividad de la energía espiritual en que el Cosmos vive y se mueve y tiene su ser.

En determinado punto del espacio puede haber varios planos de actividad.

Pongamos, por ejemplo, tomado del mundo físico la ordinaria vibración del sonido. Puede el aire estar lleno de muchas notas musicales. Cada nota corresponde a un grado de vibración

acústica. Las notas ocupan la misma posición en el espacio y sin embargo no se entorpecen unas a otras en cuanto a la ocupación de lugar en el espacio. Es un axioma de física que dos cuerpos materiales no pueden ocupar el mismo lugar a un mismo tiempo; pero millares de vibrantes notas pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo, como sucede cuando una nutrida orquesta interpreta una composición musical.

Muchos instrumentos suenan a un mismo tiempo e innumerables vibraciones llenan el aire; y, sin embargo, el que escucha puede fijar su oído en determinado instrumento y aun percibir ciertas notas. No se pierde nota alguna, y a despecho de ello todo el volumen orquestal se manifiesta en el pequeño espacio del tímpano auditivo.

Este símil es algo tosco, pero puede servir para que la mente se acostumbre a formar verdadero concepto de un plano.

Otro ejemplo nos ofrece la vibración de la luz, que como sabemos resulta de las vibrantes ondas etéreas al ponerse en contacto con la materia física. Cada color tiene su propio lugar en la escala vibratoria. Cada rayo solar que nos alcanza está compuesto de siete colores que pueden desglosarse por medio de un prisma de cristal. Todos los colores están en cada punto del espacio por donde pasa el rayo de sol, y pueden desglosarse por descomposición de la luz blanca.

Aunque más allá o más acá del campo ordinario de la visión humano hay colores invisibles por ser sus vibraciones demasiado altas o demasiado bajas, estos colores pueden percibirse por medio de instrumentos apropiados.

Acaso estos diferentes órdenes de vibración ayuden a formar el concepto de los planos de existencia independientemente de la idea de lugar.

Otro ejemplo nos depara la electricidad, en que vemos varios grados y condiciones de energía que ocupan el mismo lugar a un mismo tiempo.

En los perfeccionados aparatos telegráficos pasan varios despachos o partes por un mismo alambre sin confundirse unos con otros.

De la propia suerte el aire puede estar lleno de infinidad de radiogramas de distinta tónica que no se interceptan unos a otros, a pesar de que las diversas vibraciones se interpretan sin estorbarse, porque ninguna de ellas advierte la presencia dc las demás ni recibe su influjo.

De igual manera cabe concebir una docena de mundos que ocupan el mismo lugar en el espacio, pero cada uno con diferente tónica de vibración material, de suerte que los seres vivientes en uno de dichos mundos desconozcan completamente la existencia de los seres vivientes en los demás mundos.

Algunos autores científicos han escrito fantásticos relatos de índole jocosa sobre los diversos mundos, sin darse cuenta de que con ello simbolizan una verdad metafísica.

Cabe preguntar a modo de objeción: ¿Enseña la filosofía yogi que los planos de vida son diversas modalidades vibratorias de materia? De ningún modo. Lejos de eso. La enseñanza es que cada plano representa un grado distinto de energía vibratoria, pero no de materia.

La materia, aun en su más sutil modalidad, es una muy baja modalidad de energía vibratoria.

Hay materia tan superiormente sutil respecto de la más sutil que hoy conocen los fisicoquímicos, cómo ésta lo es respecto de la más compacta y dura roca.

Allende el plano de la materia se elevan plano sobre plano de supermaterial energía, que ni en sueños son capaces de sospechar los fisicoquímicos. Sin embargo, para eficacia del ejemplo cabe decir que es posible imaginar todos los planos a un tiempo en el mismo punto del espacio.

Así vemos que el concepto de plano nada tiene que ver con el de espacio [1].

---

[1] *Por esta razón, y teniendo en cuenta la anfibología de la palabra plano, cuya acepción más usada es la de plano geométrico o de superficie plana, se ha substituido por la de mundo. [N. del T.)*

De lo expuesto inferirá el lector que al hablar de los planos de existencia extraterrena no indicamos en modo alguno lugares o regiones de espacio.

La filosofía yogi no tiene nada que ver con las doctrinas que suponen determinados lugares para el cielo, el purgatorio, el infierno, el limbo o sus análogos según las diversas religiones exotéricas.

No admite semejantes lugares como tales lugares, pero reconoce el virtual fundamento de las enseñanzas respecto a ellos. En este volumen no trataremos de los innumerables planos de existencia manifestados en el universo, sino que nos contraeremos a considerar los planos peculiares del mundo astral en que residen las almas desencarnadas que vivieron en la tierra, y al que suele llamársele el "mundo espiritual" de la humanidad.

Veremos que hay muchos planos y subplanos de existencia en el vastísimo mundo astral, así denominado en distinción del mundo físico que le es inmediatamente inferior en la escala vibratoria.

Cada plano y subplano tiene sus peculiares características y fenómenos, según iremos viendo en el transcurso de nuestra exposición.

Sin embargo, las mismas leyes y principios generales rigen en todos ellos.

Pero antes de pasar a la consideración del mundo astral insistamos una vez más en el concepto de "plano" a fin de que no haya duda acerca de su significación.

Al hablar del "ascenso" de un plano inferior a otro superior, o del "descenso" de uno superior a otro inferior, no damos a entender que se haya de "subir" o "bajar" como por una escalera, ni tampoco que se haya de pasar de una superficie a otra de diferente nivel, y aun resulta inexacto el conocido símbolo de surgir del fondo a la superficie del océano.

El símil más aproximado a la realidad en punto a la transición de uno a otro plano es el del aumento o disminución del número de vibraciones como sucede en las acústicas, lumínicas y eléctricas.

Si se aumenta la tensión de una cuerda de violín, aumenta también su grado de vibración y por consiguiente su nota, porque es entonces mayor el número de vibraciones.

Asimismo, el color de una barra de hierro caldeada puede mudarse de rojo oscuro en cereza y después en blanco, con sólo aumentar la temperatura. También puede aumentarse o disminuirse a voluntad el potencial de una corriente eléctrica.

Más materializado símil es el de un mineral duro y compacto que en el horno eléctrico puede convertirse en vapor merced a la enorme elevación de temperatura que acrecienta las vibraciones de su masa.

Lo que es verdad en los planos inferiores de manifestación lo es también en los superiores.

El paso de un plano a otro puede concebirse como un cambio de vibración de la energía que anima todas las cosas, y este concepto nos dará de la verdad sobre los planos de existencia la idea más aproximada de que es capaz la mente finita del hombre.

No hay palabras a propósito para designar los fenómenos superiores, y así resulta tosco, imperfecto e insuficiente todo ejemplo, símbolo o símil expresado en términos propios de los planos inferiores.

Pero, aun mediante estos imperfectos símbolos puede la mente humana tener idea de lo inaccesible a los sentidos corporales e inexpresable en palabras de lengua vulgar.

CAPITULO IV

El Mundo Astral

Los estudiantes de ocultismo, tanto orientales como occidentales, hallan en las obras de antiguos autores muchas referencias a los planos constituyentes del mundo astral inmediatamente superior al mundo físico; pero notan diferencia en cuanto al empleo de los términos.

Algunos autores denominan conjuntamente plano astral a toda la serie de planos que desde el mundo físico se suceden hasta el plano espiritual exclusive, cuya naturaleza es un arcano para la mente del hombre vulgar.

Entre los modernos tratadistas hay quienes designan con el nombre de plano astral los planos inferiores del mundo astral que están más cercanos al mundo físico. Estas divergencias en punto a terminología confunden a los principiantes en el estudio del mundo inmediatamente superior, al físico[2].

En este volumen, como en los demás, hemos seguido el ejemplo de los autores antiguos y damos el nombre de mundo astral al conjunto de planos que desde el físico se suceden hasta el plano espiritual, ambos extremos excluidos.

Hemos preferido esta denominación colectiva por lo más sencillo y porque no confunde al estudiante con diversas denominaciones técnicas.

El mundo astral consta así de numerosos planos y subplanos que se extienden en serie ascendente desde el más cercano al mundo físico hasta el más cercano al mundo espiritual.

Entre estos dos extremos se puede observar innumerable variedad de fenómenos y fases de existencia.

En los subplanos inferiores del mundo astral se manifiestan las actividades psíquicas llamadas clarividencia, clariaudiencia, telepatía, psicometría, etc.

También se manifiestan en estos subplanos inferiores ciertas formas de ectoplasmas, espectros y otras apariciones de almas desencarnadas que a veces perciben el hombre y algunos animales. Asimismo actúan y se mueven en estos subplanos los seres humanos vivientes en el mundo físico que se desprenden temporáneamente de su cuerpo físico durante el sueño o el éxtasis, o deliberadamente.

Los colores astrales son los de las auras que circuyen el cuerpo físico de todo ser humano, y se manifiestan en algunos subplanos del astral.

En otros subplanos se manifiestan los fenómenos psiquismo, las formas de pensamiento, las ondas y nubes mentales que influyen en la mente y el ánimo de quienes tienen su misma tónica psíquica.

Mencionemos todo esto a título de información general y sin entrar en, pormenores, porque ya hemos tratado de estos fenómenos en otras obras.

Algunos subplanos inferiores del mundo o plano astral son muy repulsivos y desagradables para el hombre inexperto.

El ocultista rehuye y esquiva todo lo posible, y aconseja a los novatos y entremetidos en ocultismo que eviten esos subplanos del astral tan psíquicamente miasmáticos como evitarían los parajes pantanosos y palúdicos del plano físico.

Muchos se perjudicaron gravemente por haber penetrado en estos ínfimos subplanos sin exacto conocimiento de ellos, y no pocos se lisiaron de cuerpo y mente por la imprudencia de haber establecido condiciones psíquicas que los forzaron a actuar en dichos subplanos.

A estos imprudentes se les puede aplicar el antiguo adagio que dice: "los locos se meten donde temen entrar los ángeles". Algunos subplanos inferiores del astral están llenos de las formas astrales de los desencarnados que todavía sienten afición a las cosas terrenas.

También allí residen por algún tiempo los que fueron la hez de la vida humana, atraídos por las cosas del mundo físico sin que nada los impulse a los planos superiores. Muy deplorable es ver que quienes hubieran repugnado el trato con semejantes entidades en la vida terrena, admitan con ellas comunicación psíquica en el mundo astral, creyendo que son espíritus bienaventurados y almas benditas.

Fácilmente se comprende la ingrata sensación experimentada por las personas sinceras cuando asisten a las sesiones en que se comunican los "espíritus", si se conoce la verdadera índole de las entidades que habitan en los subplanos inferiores del astral.

---

[2] *Se evitarían estas confusiones substituyendo el nombre de "plano" por el de "mundo" y el de "subplano" por el de "planos", pues si se dijera mundo astral en vez de plano astral, ya no fuera propio hablar de subplanos sino en todo caso de planos. [N. del T.]*

Algunas de ellas son tan truhanas que frecuentemente se fingen parientes y amigos del que evoca a los difuntos.

En los subplanos superiores moran las almas desencarnadas de evolucionada espiritualidad.

Gradualmente se eleva el nivel de los subplanos y planos hasta llegar al de la temporánea morada de los que alcanzaron un alto grado de espiritualidad.

Es el "cielo" de las religiones que cada cual describe según su credo tradicional. Y así como las religiones concretaron la idea del "infierno" en oposición a la de "cielo", así también en el mundo astral hay subplanos inferiores donde las almas desencarnadas que en la tierra tuvieron brutales inclinaciones sufren las forzosas consecuencias de sus obras.

La diferencia está en que el infierno o lugar inferior del mundo astral no es eterno, sino que el alma desencarnada puede purificarse y aprovechar la ocasión que se le depara de mejorar de ambiente.

La idea católica del "purgatorio" también tiene su realidad en algunos subplanos inferiores del astral, donde, como dice el espectro del padre de Hamlet : "las insensatas culpas que cometí en el mundo se están quemando para purificarme".

Pero no las quema un fuego material sino que basta el del remordimiento.

Así vemos que en el conjunto del mundo astral se encuentran casi todos, sino todos los conceptos religiosos referentes a la escatología del hombre, en todos los tiempos y países.

Estos conceptos no fueron hijos fortuitos de la fantasía sino resultado de las experiencias de quienes se relacionaron psíquicamente con algunos subplanos astrales, y cada cual, según su temperamento e inclinaciones, refirió cuanto había experimentado, y lo referido se introdujo en las enseñazas religiosas.

Conviene advertir que cada religión tiene su peculiar idea de los "lugares" a donde van las almas de los difuntos, y aunque las descripciones varían notablemente, coinciden en algunos puntos.

Más adelante veremos cómo se obtuvieron informes del mundo astral y cómo cabe sincréticamente armonizarlos.

La palabra "astral" significa "lo relativo o perteneciente a los astros", y se empleó en un principio porque creían las gentes que el "otro mundo" estaba situado más arriba de las nubes, en la región que entonces se llamaba sidérea o de las estrellas.

Aun en nuestros días, a pesar de que la idea del cielo como un lugar se ha desvanecido de la mente de los discretos, todavía al hablar del cielo es costumbre levantar la vista o señalar un punto lejanísimo y altísimo para indicar la morada de los bienaventurados.

Dificilísimo es desvanecer los rutinarios conceptos de la humanidad, y aunque sabemos que en el universo no hay "arriba" ni "abajo", ni "derecha" ni "izquierda", persiste el racial hábito de suponer los planos superiores del alma "tan altos como las estrellas".

Análogamente ha persistido el calificativo astral en nuestra terminología.

De nuevo advertimos al lector que no confunda la idea del plano astral con la de uno o varios lugares.

El plano astral no es un lugar determinado ni está arriba ni abajo ni en ninguno de los cuatro puntos cardinales.

No se extiende en ninguna dirección definida, y sin embargo se extiende en todas direcciones.

Siempre es un estado o condición y nunca un lugar.

Es una fase o grado de vibración y no una parte de espacio. Son sus dimensiones las del Tiempo y no las del Espacio.

Si empleamos los términos "reino", "`región", "'alto", `"bajo", "superior", '"inferior", es en sentido figurado, como si dijéramos un alto o un bajo grado de vibración.

Creemos necesario insistir en esta advertencia porque la mayoría de los estudiantes incurren en el error de identificar la idea de plano con la de lugar, cuando no hay asociación mental entre ambos.

CAPÍTULO V

Después De La Muerte

Una de las preguntas más frecuentes de quienes comienzan a interesarse por el misterio de la otra vida es: "¿Qué le sucede al alma inmediatamente de salir del cuerpo?"

Muy deplorables son las respuestas que dan a esta pregunta muchas de las tituladas autoridades en el asunto. En verdad, "es muy peligroso el conocimiento deficiente".

Las personas vulgares se figuran que en cuanto el alma se desprende del cuerpo físico entra en un nuevo mundo de actividad, en un maravilloso país de extrañas y misteriosas escenas.

Muchos esperan encontrar después de la muerte a los seres queridos que les precedieron en la partida de este mundo.

Si bien es verdad que algo hay de cierto en todo ello, también es verdad que inmediatamente después de la muerte del cuerpo físico ha de experimentar el alma una muy diferente condición.

Consideremos lo que le sucede al alma inmediatamente antes y después de separarse del cuerpo.

El moribundo experimenta generalmente un gradual entorpecimiento de los sentidos corporales: Se debilitan la vista y el oído, y la vida del moribundo parece la llama de una candela cercana a la extinción. En muchos casos este es el único fenómeno de la proximidad de la muerte.

Pero en otros muchos casos, a medida que se debilitan los sentidos físicos se agudizan los psíquicos. A veces los moribundos manifiestan lo que en aquel momento sucede en otro aposento de la casa o en algún punto lejano. La clarividencia suele acompañar a la cercanía de la muerte y a veces también la clariaudiencia, de modo que el moribundo ve y oye lo que pasa en lugares distantes.

Multitud de casos registran las sociedades de investigaciones psíquicas y se relatan en el seno de las familias, en que el moribundo fue capaz de proyectar tan vigorosamente su personalidad, que los parientes y amigos a la sazón en puntos lejanos vieron efectivamente su espectro, y en algunos casos conversaron con él.

Las escrupulosas comprobaciones de tiempo demostraron que casi siempre la aparición espectral ocurrió antes de la muerte física de la persona.

Desde luego, se conocen casos en que el intensísimo deseo del individuo lo capacitó para proyectar su forma astral ante alguien por allí cercano, inmediatamente después de la muerte, aunque estos casos son todavía muchos más raros.

Casi siempre el fenómeno es consecuencia de la transmisión de un pensamiento tan vigoroso, que la persona a quien va dirigido ve la forma o imagen astral del moribundo cuya alma está sin embargo todavía en el cuerpo,

También en muchos casos el moribundo cree tener a su lado a los seres queridos que le precedieron en la muerte física, aunque esto no significa que hayan de estar allí realmente, pues conviene advertir que en el plano astral se anulan las distancias, y es posible que dos entidades se relacionen sin interposición de espacio, es decir, que aunque dos almas no estén una junto a otra, pueden relacionarse con la mente y el espíritu como si efectivamente lo estuvieran.

Muy difícil le es comprender esto a quien todavía vive en cuerpo físico, porque en el mundo material rigen las leyes del espacio.

La telepatía nos da la clave de los fenómenos astrales. Dos personas vivientes en cuerpo físico pueden comunicarse mentalmente aunque estén una de otra a millares de kilómetros de distancia o en uno y otro extremo del mundo.

De la propia suerte dos almas pueden comunicarse directamente sin que para ello sea obstáculo la distancia.

Según hemos dicho, el moribundo se comunica a veces con las personas queridas que ya están en el otro mundo y de esta comunicación recibe grandísimo consuelo, pues en efecto es una hermosa circunstancia que suele acompañar a lo que llamamos "muerte", la reunión del moribundo con sus deudos y amigos queridos, de la que con tanta esperanza hablan las personas piadosas. Pero no ocurren las cosas como ellas se figuran.

El moribundo va desprendiéndose poco a poco de su cuerpo físico y al expirar queda el alma revestida del cuerpo astral, que es exacta contraparte del físico, con el cual coincide durante la vida terrena. Es el cuerpo astral una forma de materia mucho más sutil que la física, de modo que escapa a todas las pruebas que revelan la materia ordinaria.

En el momento de la muerte, el cuerpo astral queda enlazado con el cadáver por un tenue cordón de materia aérea, que al fin se rompe, y queda entonces el cuerpo astral libre, como externa envoltura del alma.

Pero este cuerpo astral no es el verdadero ser humano, como tampoco lo era el cuerpo físico, pues ambos no son más que temporáneas envolturas del alma.

Al dejar el cuerpo físico se sume el alma en profundo sueño o estado comático, semejante al del feto en el claustro materno, y así se predispone a nacer en el mundo astral, pues necesita tiempo para adaptarse a las nuevas condiciones y cobrar la fuerza y vigor requeridos por la nueva fase de existencia.

La Naturaleza abunda en estas analogías. El nacimiento en el mundo físico tiene muchos puntos de semejanza con el nacimiento en el astral y ambos están precedidos por un período comático.

Después de la muerte física permanece el alma dormida en el cuerpo astral que le sirve de protectora envoltura, como la matriz protege al feto.

Antes de proseguir en nuestro estudio debemos detenernos a considerar ciertas características de la vida del alma en esta etapa.

De ordinario descansa en paz, sin que la perturben externas influencias. Sin embargo, hay circunstancias excepcionales, o sea los ensueños del alma dormida, determinados por dos causas:

1º las emociones intensas de amor y odio, o la inquietud por el incumplimiento de alguna labor importante o de un sagrado deber;

2º el vehementísimo pensamiento en los seres que deja en el mundo, con tal que éstos se hallen emocionalmente relacionados con el alma del difunto.

Ambas causas producen en el alma que acaba de desprenderse del cuerpo físico una inquietud y desasosiego lo bastante poderosos para atraerla hacia las cosas de la tierra, ya por medio de una ensoñadora comunicación telepática, o en muy raros casos mediante un estado parecido al sonambulismo de la vida física.,

Estas condiciones son deplorables porque perturban al alma y retrasan su evolución y desenvolvimiento en su nueva fase de existencia.

El alma que pasa tranquilamente del mundo físico al astral, rara vez se ve conturbada por semejantes ensueños, sino que después del estado comático despierta a la otra vida con tanta naturalidad como el capullo se abre en flor.

No le sucede lo mismo a quien está poseído de vehementes deseos relativos a la vida terrena o apesadumbrado por remordimientos o invadido de emociones de amor o de odio, o teme por la suerte de los seres amados a quienes deja en la Tierra.

En este último caso atormentan dichas inquietudes a la pobre alma; su sueño astral es febril y desazonado; y a veces nota el involuntario impulso de aparecerse a sus deudos o comunicarse con ellos, en el ya referido estado de sonambulismo.

Si el alma cede a este impulso, y se aparece visiblemente a sus deudos o amigos, se advierte en la aparición algo que no es propio de la personalidad física, como si estuviera medio dormida y careciese de la prestancia que tuvo en la vida física.

Así lo comprueba la historia de las apariciones ectoplásmicas, y la explicación que acabamos de dar es la única que esclarece este asunto.

Sin embargo, con el tiempo, estas pobres almas apegadas a las cosas terrenas se cansan y caen en plácido sueño.

De análoga suerte, los vehementes deseos de los que en el mundo físico quedan, pueden establecer una relación con el alma del difunto y perturbar su descanso.

Muchas personas bien intencionadas establecieron con su intenso deseo dicha relación, sin tener en cuenta que de tal modo retardaban la evolución del ser querido en el mundo astral.

CAPÍTULO VI

El Sueño Del Alma

A propósito de este tema, que iniciamos en el capítulo anterior, entresacamos de una de nuestras primeras obras los siguientes párrafos:

"Los que en este mundo quedan, pueden perturbar el descanso del alma de un difunto, pues si ésta tiene algo importante que comunicarles o le inquieta la suerte de ellos o le duele la aflicción que muestran por su muerte física, sobre todo si son muy vivas las lamentaciones y muy copioso el llanto por lo que les parece irreparable pérdida, rechazará el descanso y hará desesperados esfuerzos para retornar al mundo. Asimismo, si los supervivientes evocan mentalmente al alma del difunto, la despertarán de su tranquilo sueño y procurará responder a la evocación, y al menos la perturbarán de modo que medio despierta retarde su ulterior desenvolvimiento.

"Estas almas semidespiertas suelen manifestarse en las sesiones espiritistas. Nuestro dolor egoísta y nuestras peticiones entristecen sobremanera a los seres amados que han salido de este mundo, a menos que por haber conocido antes de su muerte todas estas cosas se nieguen a la evocación de ni aun las personas más queridas. Casos hubo en que el alma repugnó durante años el apacible sueño a fin de permanecer junto a sus deudos en la tierra; pero esta conducta es por todo extremo imprudente porque ocasiona inútil aflicción tanto al alma del difunto como a sus deudos en la tierra.

"Debemos reprimir nuestro egoísmo y no demorar con nuestras exigencias el progreso de los que han pasado a la otra vida. Dejemos que duerman descansadarnente en espera de su transmutación. Proceder de otro modo equivale a que experimenten repetidas veces las mismas sensaciones de la muerte física.

"Quienes verdaderamente aman a sus difuntos y conocen todo esto les evitan semejante perturbación, porque su amor y conocimiento les ordenan que dejen en paz al alma que se fue, pues bien merece el descanso antes de proseguir su evolución.

"Este período de tranquilo sueño es para el alma lo mismo que la vida intrauterina para el feto: duerme para cobrar las fuerzas que necesitará en la nueva vida.'

Hay otra fase de esta particular etapa del progreso del alma, y también transcribiremos algo de lo que ya en otras obras expusimos sobre ello, a saber:

"Únicamente cae en tranquilo y descansado sueño (si no la perturban) el alma de quien muere de muerte natural; pero los que mueren de súbito por cualquier accidente, se encuentran durante algún tiempo del todo despiertos y en plena posesión de sus facultades intelectuales.

"'Muchos no se dan cuenta de que han muerto y no aciertan a explicarse lo que les sucede, aunque a veces están conscientes por algún tiempo de la. vida terrena y ven y oyen con sus sentidos astrales cuanto ocurre a su alrededor.

"No advierten que han dejado el cuerpo físico y están por ello perplejos. Muy adversa sería su suerte hasta que el sueño los rindiera, a no intervenir los protectores o auxiliadores invisibles, las benditas almas que se hallan en estados superiores de existencia, las cuales los informan de su verdadera situación, los consuelan y aconsejan y generalmente los cuidan hasta que se duermen como fatigado chiquillo al llegar la noche.

"Los protectores o auxiliadores invisibles nunca faltan a 'su deber y auxilian a todo el que pasa repentinamente a la otra vida, haya sido "bueno" o "malo" en la tierra, porque saben que todo hombre es hijo de Dios y su hermano espiritual.

"Se sabe positivamente que algunos hombres muy evolucionados y de mucho poder espiritual se desprenden interinamente de su cuerpo físico y actúan en su cuerpo astral con el deliberado propósito de prestar auxilio cuando sobreviene alguna catástrofe como las inundaciones de Johnstown o el naufragio del Titanic y las sangrientas acciones de guerra en que es necesaria inmediata asistencia... También los que mueren de muerte violenta caen poco a poco en el sueño del alma, como los que mueren de muerte natural."

Por otra parte hemos de considerar el admirable fenómeno de que al sumirse el alma en sueño se le representa la visión panorámica de su vida pasada.

Dicen quienes lo saben que esta visión ocupa tan sólo un instante infinitesimal, tan breve que apenas se le puede llamar un punto en el tiempo.

Sin embargo, escena tras escena, desde la infancia hasta la vejez de su pasada vida, pasan ante la vista del alma, con la misma fidelidad de pormenores el más insignificante incidente y el suceso más trascendental.

La memoria subconsciente descubre entonces sus secretos sin reservar ni omitir ninguno.

Además, por virtud de su discernimiento espiritual comprende el alma el significado de la vida que acaba de pasar, y puede analizar jurídicamente sus acciones, como un juez omnisciente e imparcial.

De este proceso resulta que todas las acciones de la vida pasada se concentran e imprimen en la conciencia del alma como semillas que a su tiempo darán por fruto el carácter individual en futuras vidas, según sean las cualidades ya adquiridas.

Quienes objeten diciendo que a la mente humana le es imposible resumir en un instante los sucesos e incidentes de toda una vida, les responderemos que la psicología admite la posibilidad de este fenómeno aun durante la vida terrena, según comprueban los casos en que al descabezar un sueño de pocos minutos soñó el individuo escenas y sucesos que en realidad debieran haber ocupado largos años. En los sueños ordinarios, el tiempo queda reducido a cortos instantes, y en el estado de que tratamos se intensifica el proceso de concentración, de suerte que en un instante abarca la vista mental todo el periodo de la más larga vida.

El alma se lleva consigo al estado de sueño el recuerdo resumido de toda su vida, con las simientes de sus deseos, ambiciones, gustos, disgustos, atracciones y repulsiones, que no tardarán en germinar, florecer y fructificar, no sólo en futuras encarnaciones sino en la misma vida astral.

Porque la amorosa Naturaleza no obliga al alma a que cargue con todas sus tendencias en futuras encarnaciones, sino que ordena las cosas de modo que el alma pueda purificarse de sus malas cualidades y esté limpia de las que hubiese logrado eliminar, al renacer en una nueva vida terrena. Para esto sirve el sueño del alma, durante el cual se predispone a entrar en la vida astral cuyos pormenores veremos más adelante.

El sueño del alma le es tan necesario en esta etapa de su evolución como al feto el sueño en el seno de la madre.

Algunos al conocer estas enseñanzas manifestaron su temor de que el sueño del alma no pudiera ser tranquilo "en un lugar desconocido y entre tantas entidades extrañas".

Esta objeción es muy pueril para el ocultista experto, quien sabe que nadie en el universo está mejor guardado que la durmiente alma en el plano astral.

Tan absolutamente protegida de todo daño se halla, que sólo podría afectarla un trastorno completo de las leyes de la Naturaleza o el desquiciamiento del planeta.

Recordemos que la condición del alma durmiente es de estado y no de lugar. Y su condición es tal que ninguna influencia maligna puede acercarse a ella ni alcanzarla.

Ya quisiéramos todos estar tan seguramente guardados y protegidos en la vida terrena. La seguridad de las almas durmientes es tal, que parece como si todas las fuerzas de la Naturaleza se hubiesen conjurado para protegerlas.

Dice un aforismo hinduista: "Ni aun los dioses en sus altos tronos tienen poder ni dominio sobre las durmientes almas".

A quiénes por estar bajo la influencia de la escatología dogmática les parezca extraña y desusada la idea del sueño del alma, les diremos que los conceptos vulgares sobre la muerte y la vida de ultratumba aluden más o menos veladamente al estado de sueño, según lo comprueban las expresiones corrientes de "se durmió en la paz del Señor", "descanse en paz", "a su amado dará Dios el sueño", "allí descansan los fatigados", "se fue al largo descanso", que manifiestan la idea innata implantada en la mente del hombre respecto al período de descanso que ha de sobrevenirle al alma fatigada,

La idea del "descanso" después de las tribulaciones y tormentas de la vida es tan natural e instintiva que puede decirse que representa el firme convencimiento del alma humana en relación con la idea de la muerte. Es una idea tan fija como la de la vida de ultratumba. Sin embargo, sólo se halla su explicación en las superiores enseñanzas ocultas.

Quien esté instruido en lo atinente al sueño del alma, hallará consoladora satisfacción en contemplar esta etapa de su existencia futura.

Se sentirá atraído hacia dicho estado, que representan las siguientes palabras de un antiguo canto: "Tranquila y apaciblemente dormiré amparado en la Cuna de lo Profundo".

Descanso en el seno del gran océano de Vida. Descanso, calma, paz, seguridad, protección. Tal es el estado del alma dormida en el mundo astral.

CAPITULO VII
El Despertar Del Alma

Mucha diferencia hay entre las almas respecto al tiempo que necesitan estar sumidas en sueño para proseguir su evolución.

Algunas duermen corto tiempo, mientras que las hay muy evolucionadas que requieren más largo sueño.

También en esto se advierte notable analogía con la gestación y nacimiento en el mundo físico. Así vemos que es corto el período de gestación de los animales de corta vida, y largo en los de larga.,

El elefante está en gestación de veinte a veintiún meses; el hombre, nueve ; el conejo, uno ; el cobayo, tres semanas, de suerte que la gestación de cada especie se halla relacionada con la duración natural de su vida.

De la propia suerte, el período de gestación o sueño del alma en el mundo astral varía según el tiempo que ha de vivir en dicho mundo

Sin embargo, aparente excepción de esta regla nos ofrecen las almas de adelantadísima ~ evolución espiritual, con alto poder y conocimiento, que por esta circunstancia son capaces de dominar el proceso natural en vez de sujetarse a su ley.

La diferencia en la duración del sueño proviene de que, mientras duerme, desecha el alma las escorias de su naturaleza mental y emocional, y se va poco a poco desprendiendo del cuerpo astral, de modo que no despierta hasta alcanzar el mayor grado de desenvolvimiento para ella posible.

El alma poco evolucionada no tiene gran cosa que desechar y muy luego despierta en el nivel adecuado a su condición. Por el contrario, el alma muy evolucionada ha de ir desechando capa tras capa de su personalidad antes de despertar en el plano correspondiente a su alto grado de evolución.

Al decir que el alma desecha o se desprende de su lastre terreno significamos que se dispone a desecharlo, porque el proceso efectivo de desecho o desprendimiento del lastre terreno comienza inmediatamente después del despertar, según muy pronto veremos.

Cuando el alma siente el impulso de reanudar la vida, se despereza lenta y lánguidamente, como hace el hombre terrenal al despertar de un largo y profundo sueño.

Entonces, a manera de mariposa que surge de su crisálida, se desprende el alma del cuerpo astral y en rápida sucesión desecha los elementos inferiores de su humana naturaleza.

Este proceso es muy corto y se efectúa mientras el alma va recobrando lentamente su conciencia.

Cuando despierta del todo, se halla el alma libre del lastre de su personalidad y abre los ojos al escenario de sus nuevas actividades en el mundo astral. ,

Cada alma está destinada a vivir esta otra vida en el plano congruente con sus mejores cualidades después de sacudida la escoria de la personalidad. Puede así el alma progresar notablemente en el mundo astral y durante su vida allí purificarse de modo que vaya subiendo de nivel.

Muy admirable y hermosa es la circunstancia de que el alma despierta viva en el plano correspondiente a sus mejores cualidades. A1 punto reconocemos que esta circunstancia satisface los anhelos de nuestra alma y las vivas ansias de nuestro corazón mientras estamos en el mundo físico, porque excepto el desalmado, todo hombre nota a veces en lo profundo de su ser impulsos, sentimientos, anhelos, esperanzas y deseos de índole incalculablemente superior a los que de ordinario embargan su ánimo en el tráfago de la vida cotidiana.

La materialidad del ambiente y lo prosaico de las circunstancias impiden o retardan en muchos casos la expresión y manifestación de los pensamientos armónicos y las puras emociones.

Por tanto, muy gozoso es saber que en la otra vida el alma estará ya libre de cuantos obstáculos la entorpecían y podrá manifestar y expresar sin trabas las óptimas cualidades de su carácter.

Esta verdad no sólo conviene con el sentimiento de justicia y con los íntimos anhelos del alma, sino también con la ley de evolución, que siempre impele hacia la lejana meta del perfeccionamiento individual.

Desde que el alma se desprende del cuerpo astral ya no tiene forma humana sino que su aspecto es tal que no se le pueden aplicar los términos de "forma" y "figura".

Los cuerpos físico y astral son resultado de la evolución física, y no van más allá de cuerpos animales muy desarrollados. En los planos superiores no necesita el alma brazos, piernas, manos ni pies, pues entonces trasciende las limitaciones de la vida física.

Los principios mentales desechados pronto se resuelven en sus originarios elementos, pero el cuerpo astral queda hecho un cascarón vacío que por efecto de la gravedad astral cae en los subplanos inferiores, donde lentamente se desintegra.

Así es que estos subplanos inferiores están llenos de cascarones o cadáveres astrales que flotan en el espacio y ofrecen un espectáculo repulsivo de cuya vista se libran felizmente las almas residentes en los subplanos superiores.

Pero los que en el mundo físico se entrometen en los fenómenos psíquicos sin la conveniente preparación ni conocimiento de los rudimentos de la ciencia psíquica, se encuentran a veces sin darse cuenta en los subplanos inferiores del astral, donde ven algo que forzosamente ha de ocasionarles repugnancia.

Recordemos que el plano en que el alma despierta no es un lugar sino un estado o condición de existencia, una tónica en la escala de energía vibratoria del mundo espiritual.

Según dijimos, cada alma despierta en el plano correspondiente a las mejores cualidades de su carácter, y allí permanece durante toda su vida astral, a menos que por ulterior desenvolvimiento ascienda a más alto nivel, o si por desgracia suspira por las ollas de Egipto y la mueve el deseo de vida sensual desciende de nivel y encuentra no tan adecuado ambiente.

Hay por supuesto notable diferencia entre los diversos planos y subplanos del mundo astral. Algunos apenas discrepan dc las bajas escenas de la tierra, mientras que en otros se manifiestan los superiores conceptos del alma humana. Cada cual atrae a las almas aptas para morar en él y que mayormente coinciden con el nuevo ambiente.

Pero las mejores cualidades del alma atrasada en su evolución difieren muy poco de las que en pensamiento y acción tuvo durante su vida terrena.

El hombre de desenvolvimiento espiritual nulo o escaso ha de pasar largos períodos de purificación antes de que eluda las seductoras atracciones del mundo material.

Hay almas tan apegadas a la tierra, tan hipnotizadas por los deleznables placeres de la vida física, que después de la muerte del cuerpo carnal repugnan desprenderse del astral y se esfuerzan en permanecer en él envueltos hasta que se desintegra, con el objeto de mantenerse en relación con el mundo físico..

Otras almas se hallan en un estado de conciencia en que por una parte las atrae la vida espiritual y por otra la terrena, de suerte que viven durante algún tiempo desequilibradas en el mundo astral, hasta que por fin prevalecen las atracciones de lo alto.

Otras están en un plano o nivel de conciencia en que es muy débil o nula la atracción de las cosas materiales, y así les depara la vida astral ocasiones de adelanto y de expresar más explícitamente las armónicas cualidades de su carácter.

El despertar del alma es semejante al nacimiento en un nuevo mundo de experiencia.

El alma no se manifiesta temerosa de su nuevo ambiente, sino que se muestra activísima en la expresión de sus nuevas facultades.
Muchas cosas hay en el mundo astral para que en ellas se ocupe el alma.
No está sola. La acompañan cuantas se hallan en simpática armonía con ella y se ve libre del trato con las de tónica opuesta o distinta.
Tiene ocasión de expresar plenamente sus actividades y deseos; y sobre todo en los subplanos superiores vive muchísimo más feliz que en el mundo físico.
Tan sólo son desdichadas las almas que por su escaso desenvolvimiento y atrasada evolución se apegan a las cosas de la tierra, únicas que les dan placer. Aun en tales casos gozan estas almas algunos momentos de dicha.
Después del sueño despierta el alma en un mundo de VIDA, NO DE MUERTE.
Como mariposa tiende sus alas y goza del nuevo estado de existencia sin deplorar la pérdida de su forma y vida de crisálida.

CAPITULO VIII
Topografía Del Plano Astral

Antes de considerar las experiencias del alma recién despertada echaremos una ojeada a la que pudiéramos llamar topografía del plano astral, del vasto escenario de las actividades de las almas humanas desencarnadas, pues conviene al mejor conocimiento del asunto.
Antes de estudiar a los moradores de un nuevo país, el etnógrafo se familiariza con la geografía del territorio, con sus valles y montañas, ríos y llanuras, tierras altas y tierras bajas.
Análogamente, vamos a examinar primero la topografía del mundo astral, donde habitan las almas desencarnadas.
Pero tengamos en cuenta que el mundo astral no es un país ni una comarca en el sentido de localización.
Sus dimensiones no son de espacio sino de vibración.
Cabe decir que las dimensiones del plano astral son de tiempo, porque las vibraciones se miden por su tónica y ésta por unidades de tiempo.
Lo mismo da que las vibraciones sean de energía astral o de una modalidad inferior de energía.
Las vibraciones lumínicas se miden por segundos de tiempo. Cuanto mayor es la tónica de la vibración, mayor es también su velocidad.
Los antiguos ocultistas expusieron la verdad relativa a las modalidades superiores de vibración, diciendo que son tan sumamente rápidas que el movimiento en ellas parece absoluto reposo.
De este extremo superior vamos a descender hasta llegar a la materia más densa, cuya tónica vibratoria es tan lenta, que también parece como si estuviera en reposo.
Desde luego que la materia del plano astral es sutilísima en comparación de la física, y sus vibraciones mucho más rápidas que las del éter físico.
Sin embargo, se extiende una dilatada escala vibratoria entre el subplano ínfimo y el supremo del plano astral.
La diferencia entre el subplano ínfimo del astral y el superior del plano físico es menor que la entre el ínfimo y el supremo del plano astral.
Así es que entre ambos extremos de vibraciones astrales se extiende el mismo territorio que en el mundo físico, con la diferencia de que el territorio material se mide con dimensiones de espacio y el astral con las duraciones de tiempo.
Por ejemplo, al viajar por el mundo físico se recorren kilómetros; pero al viajar por el plano astral se pasa de una tónica superior a otra inferior y viceversa.
Estos subplanos de energía vibratoria constituyen las características' topográficas del plano astral.
Hay innumerables subplanos o niveles en el plano astral que es posible recorrer, pero todo el viaje consiste allí en pasar de uno a otro grado de vibración.
Empleando un tosco símil diremos que es algo semejante al paso del hielo al agua y del agua a su vapor.
O también puede considerarse como el paso del ordinario aire atmosférico al aire líquido y después al aire sólido.
Estos símiles son algo toscos, pero facilitan la comprensión de la topografía astral.
Hasta ahora hemos hablado del viaje entre los diferentes subplanos del astral como si se tratara del plano físico.
En vez de decir que el alma pasa de uno a otro estado de vibración, diremos que pasa de un subplano a otro, como si fuere un viaje en el mundo material, porque así resulta más

sencillamente expresada la idea y nos evita repetir lo expuesto acerca de las tónicas de vibración.

Hay en el plano astral muchos estados o condiciones de existencia que se llaman subplanos o niveles, en los que respectivamente residen las almas cuya índole, carácter o tónica coincide con las del subplano en que despierta del sueño.

La ley fundamental de atracción actúa infaliblemente en este caso, y cada plano atrae a las almas aptas para residir en él. No hay casualidad ni azar en el mecanismo de la ley de atracción. Opera con absoluta precisión y uniformidad. No se equivoca.

Cala alma queda adscrita a su categoría según sus limitaciones y el grado de su evolución.

No son necesarios en el plano astral policías que mantengan a las almas en su peculiar condición.

Le es imposible al alma desencarnada pasar a subplanos superiores al en que se halla. La ley de vibración se lo impide.

Pero toda alma puede, si quiere, pasar libremente a los subplanos inferiores al suyo y presenciar lo que allí ocurre y comunicarse con sus moradores.

Este tránsito es de todo punto independiente de la comunicación telepática establecida entre todos los moradores del plano astral.

El impedimento del ascenso y la facilidad del descenso es una sabia providencia de la Ley, pues de otro modo los subplanos superiores estarían abiertos a la influencia de quienes moran en los inferiores, y se interrumpiría la evolución de las almas residentes en aquellos, de la propia suerte que perturbaría a los alumnos de un aula universitaria la irrupción de una pandilla de hampones y rufianes de los barrios bajos de la ciudad, pues conviene advertir que también el plano astral tiene sus barrios bajos y sus rufianes y hampones como las urbes del plano físico.

En una de nuestras obras anteriores, expusimos un tosco pero impresionante símil de la comunicación entre los subplanos del astral, como sigue:

"A un alma le es absolutamente imposible pasar a un subplano superior al suyo, mientras que puede pasar a los inferiores. "Esta es una ley de la naturaleza que rige en el plano astral, y puede comprenderse imaginando una serie de cedazos de varios calibres, como los que se usan para clasificar las semillas según su tamaño. Las más gruesas quedan en el primer cedazo, y es cada uno de los demás de la serie van quedando aquellas cuyo tamaño es mayor que el diámetro de los agujeros del cedazo, mientras que sin dificultad caen en el cedazo inmediato todas las demás, y así continúa la operación hasta el último cedazo.

"Las semillas de tamaño mayor que el diámetro de los orificios del cedazo no pueden pasar al siguiente, pero todas las de menor tamaño que están en los demás cedazos pueden pasar a los de mayor calibre por los respectivos orificios.

"Análogamente, en el plano astral, el alma cargada con el pesado lastre material de la naturaleza inferior está detenida por el cedazo de un subplano y no puede pasar a los superiores, pero sí a los inferiores a aquel en que se halla si así lo desea. En efecto, hay almas que voluntariamente se trasladan a los planos inferiores al suyo con el objeto de auxiliar a quienes en ellos se hallan, y si el alma está muy evolucionada puede de este modo prestar excelente servicio espiritual por medio de consejos e instrucciones a las capaces de recibirlos.

"La única excepción de esta regla es que no se permite despertar a las almas durmientes."

Según dijimos, hay en el plano astral muchos subplanos, como existan muchísimas regiones en el mundo físico, y cada subplano está habitado por las almas congruentes con su índole.

Hay subplanos donde moran las almas sumidas en la bestial materialidad, y que serían insufribles infiernos para las almas evolucionadas.

Desde luego, que las almas no tendrán el menor deseo de descender a estos subplanos ínfimos, a menos que un alma sumamente evolucionada quiera "descender a los infiernos" con el deliberado propósito de auxiliar a alguna alma anhelosa de desembarazarse de la escoria con que se cargó durante la vida terrena.

Pero, por regla general, las almas desencarnadas prefieren proseguir la evolución en su propio suhplano, a fin de acrecentar su grado de espiritualidad en la futura vida terrena por virtud de la adquisición de conocimiento durante su permanencia en el mundo astral.

CAPITULO IX
Almas Infantiles

Las personas de refinada cultura sonríen con desdén ante las creencias religiosas de los pueblos primitivos y deploran los groseros conceptos que del mundo celeste prevalecen entre los salvajes.

Pero el ocultista experto puede a su vez compadecer a las gentes civilizadas que tan despectivamente hablan de las ideas religiosas de los pueblos incultos, porque sabe que estas ideas, por groseras que parezcan, se basan en la vida astral de los salvajes.

Así como la futura condición del individuo está determinada en gran parte por la índole e intensidad de sus deseos, así también sus deseos e ideales determinan en gran parte su vida astral.

El plano astral ofrece libre expresión a los ideales, tanto altos como rastreros, que mantuvo el individuo durante su vida terrena, y cabe decir que su vida astral es un reflejo de dichos ideales, que allí propenden a su manifestación efectiva.

Por tanto, necesariamente ha de ser la vida astral de los salvajes un reflejo de los pensamientos y emociones que los dominaron durante la vida terrena.

Así el piel roja encuentra en el plano astral los vastos terrenos de caza que fueron su ideal durante la vida física, y cada pueblo salvaje halla en el plano astral el cielo prometido por sus creencias religiosas.

Todo esto le parecerá muy extraño a quien tenga del cielo el concepto de una ciudad con calles de oro y ríos de leche y miel. Pero, reflexionando sobre ello echaremos de ver que el cielo con "calles de oro" no difiere gran cosa de los "terrenos de caza" del piel roja, pues también es un concepto material que refleja el deseo de relumbrantes y riquísimas cosas.

Si consideramos la índole mental y emocional del salvaje, veremos que sería muy infeliz si se le colocara en el ambiente del hombre civilizado, y el cielo de calles de oro fuera para él insufrible infierno.

No hay más que imaginarse a un salvaje colocado en un suntuoso palacio con todos los refinamientos de la moderna civilización, para inferir que no sabría cómo moverse y se tendría por sumamente infeliz.

Lo mismo sucede en el plano astral. La naturaleza es tan amiga del salvaje como del civilizado, y proporciona a cada cual el ambiente más adecuado a la desembarazada manifestación de su índole.

No quiere decir esto que en el plano astral haya una complicada serie de ambientes a propósito para cada alma.

Por el contrario, no hay otro ambiente ni escenario que el resultante de las formas, imágenes o representaciones mentales de las almas.

Cada alma lleva en sí el propio escenario en su imaginación, y, por tanto, todas las almas que tengan las mismas ideas, aficiones, gustos, creencias e ideales y habiten en un mismo subplano tendrán el mismo escenario y las rodeará el mismo ambiente.

Además, como la transmisión del pensamiento es en el plano astral mucho más fácil y expedita que en el físico, las ondas mentales de cada alma afectarán a las de las otras, por lo que el escenario de cada subplano es el resultado de la combinación dé las imágenes mentales de sus habitantes.

En la vida terrena, el hombre está influido por el ambiente, pero en la vida astral el hombre forja su propio ambiente de conformidad con las absolutas e invariables leyes de la Naturaleza.

Durante su corta vida astral se ven los indígenas de América rodeados de todo cuanto les fue placentero y agradable en la tierra.

Los clarividentes de las antiguas tribus de pieles rojas, que pudieron penetrar durante su vida terrena en los subplanos inferiores del astral, no deliraron cuando al restringirse a la conciencia vigílica dijeron a sus congéneres que habían visto a los difuntos muy dichosamente entretenidos en la caza.

Tampoco mentían al hablar de los espectros que se comunicaban con los vivientes en el mundo físico.

El mundo celeste de los pieles rojas es el mismo cuya idea les infunden en vida los terapeutas de su tribu; y así, cuando el alma de un piel roja despierta de su sueño se encuentra como mejor desea, rodeada de cuanto le hizo agradable la vida en la tierra, con dilatados bosques, vastísimas llanuras con numerosas manadas de búfalos y ciervos para la caza y pesca abundantísima en los caudalosos ríos.

Pero todo esto sólo existe en la imaginación del salvaje residente en el plano astral, y se le aparece como en sueño, aunque él no cree que sea tal sueño.

Dice un viejo adagio que los sueños son verdad mientras duran; y, por otra parte, aunque los sabios nos dicen que el universo fenomenal es un sueño del Absoluto, no por eso deja de ser real para nosotros.

Aun en la misma vida terrena solemos todos soñar con algo que nos parece enteramente real, y sufrimos o gozamos y sentimos y percibimos tan definidamente como en conciencia vigílica.

Quienes han estudiado por completo este asunto nos dicen que los clarividentes y cuantos se han comunicado con los moradores del mundo astral afirman la positiva existencia de los

"cielos" en exacta congruencia con las enseñanzas religiosas de las tribus salvajes, por muy groseros que parezcan al hombre civilizado.

Muy fácil es tildar de fantásticas y extravagantes tales relaciones; pero un examen atento nos revelará que todas ellas tienen un mismo fundamento, aunque discrepen en los pormenores, ' y bien saben los ocultistas que dichos relatos son verdaderos y se basan en las experiencias psíquicas de algunos individuos de la tribu.

Las almas de los salvajes permanecen corto tiempo en los subplanos inferiores del plano astral donde forjan nuevos y mejores ideales y alimentan más nobles deseos, que florecerán y fructificarán en su próxima encarnación.

Además, desecha el salvaje en el plano astral los bajos deseos e ideales rastreros, con lo que abre camino a su evolución espiritual, que aunque muy lenta, algo adelante durante la permanencia del salvaje en el mundo astral.

Sin embargo, como quiera que la vida astral del salvaje es corta, y también suele serlo la terrena, progresa su alma relativamente bastante, pues puede vivir cien veces en la tierra con sus correspondientes vidas astrales, durante todo el tiempo en que un alma muy evolucionada disfruta del descanso espiritual en los subplanos superiores.

Como siempre y en todos los puntos de la evolución de la vida, predomina en éste la equitativa ley de las compensaciones. Uno de los más provechosos adelantos que el alma salvaje obtiene en el plano astral es el del sentimiento del compañerismo y la amistad, a causa de que allí se reúnen con los de su misma tribu, de suerte que si fueron amigos en la vida terrena se fortalece la amistad, y si enemigos, se suaviza la animosidad por la misma índole de la vida astral, porque la imaginada abundancia de cuanto apetece el salvaje le quita toda ocasión de envidia y rivalidad.

En consecuencia, se apaciguan los odios y se fomenta el amistoso sentimiento que más adelante engendrará el amor universal. Cada estancia en el plano astral elimina algo más de la naturaleza inferior y actualiza algún tanto de la superior, pues de otro modo no fuera posible que estas almas progresaran en futuras vidas terrenas.

Por muy atrasada que un alma esté en su evolución, va adquiriendo poco a poco el sentimiento de confraternidad humana y suavizando las asperezas del cuerpo físico.

Así vemos que aun en estos cielos groseros de los salvajes hay seguras oportunidades de adelanto. La dicha engendra el amor, y el alma responde al estímulo.

Las almas de los salvajes permanecen corto tiempo en el mundo astral, porque no tardan en agotar su limitada oportunidad de expresión, aunque al alma le parezca una eternidad aquel breve período.

Pronto nota la pesadez del sueño que precede al renacimiento y cae en estado comático, hasta que la ley kármica la mueve a tomar nuevo cuerpo físico para que aprenda otras lecciones en la escuela de la vida terrena y actualice algo de lo mucho que late en la intimidad de su ser.

La propensión a la vida senciente es muy poderosa en el alma del salvaje, y la ley de atracción vuelve a colocarla en el escenario de la tierra.

No hay en esto injusticia ni severidad, porque cada alma obtiene aquello que mayormente desea y lo que con más vehemencia anhela.

La ley de compensación rige en toda su plenitud, y como en todas partes impera la eterna justicia.

Todo cuanto a estas almas les sucede es para su bien, y todas están en el SENDERO DE PERFECCIÓN.

CAPITULO X

Experiencias Religiosas

Quien estudia comparadamente las religiones se sorprende al ver que del tronco primario de la fe religiosa hayan ramificado la multitud de credos, sectas y denominaciones que multitudinarizan el pensamiento religioso.

Desde las supersticiones primitivas de las sencillas tribus ancestrales hasta los avanzadísimos conceptos de los modernos pueblos civilizados, se extiende el continuo y uniforme hilo de la creencia fundamental en Algo superior al universo fenomenal, en la Causa sin causa de cuanto existe.

Indisolublemente unida a esta creencia está aquella otra en la inmortalidad del alma, aunque diversamente interpretada por las diferentes religiones y sectas.

El tercer concepto fundamental, forjado por el instinto religioso de la humanidad, es que la futura vida del alma depende del carácter y de las obras del individuo durante su vida terrena.

Muy largo trecho hay de las primitivas interpretaciones de estos tres principios religiosos fundamentales a los altos conceptos de los ocultistas avanzados según los expone un docto autor en los siguientes términos:

"Tres verdades absolutas existen, que no pueden perecer por más que la insuficiencia del lenguaje humano las retenga en silencio

"1º El alma humana es inmortal, y su desenvolvimiento y esplendor no tienen límites

“2º El principio dador de vida mora en nosotros y fuera de nosotros. Es imperecedero y eternamente benéfico. No se le oye ni se le ve ni se le toca, pero lo percibe quien quiere percibirlo.

"3º Cada hombre es un absoluto legislador, que se allega dicha o se acarrea infortunio; el dictador de su vida, de su premio o de su castigo.

"Estas verdades, tan magnas como la vida misma, son a la par tan sencillas que cualquiera las comprende. Alimentad con ellas al hambriento."

Sin embargo, cada uno de estos conceptos y las variantes que de ellos aparecen son resultado de la intuitiva percepción por el hombre de aquel Algo, de la inmortalidad del alma y de la ley del karma.

La diferencia entre las diversas modalidades del pensamiento religioso resulta de la diferencia entre los conceptos que de la Verdad forjaron los instructores religiosos.

Todos los credos y dogmas religiosos son de invención humana, como dicen los enemigos de las religiones reveladas; pero olvidan éstos la otra media verdad, cual es que en los dogmas y credos de invención humana subyace perpetuamente la intuitiva percepción de la Verdad.

Puede la mente humana no ser capaz de interpretar exactamente la intuitiva percepción, pero queda impresa en ella la idea de que la Verdad existe.

El hombre ha divinizado casi todas las cosas del mundo material y se ha postrado en adoración ante sus propias hechuras, a causa de su limitada facultad de interpretación.

Pero al adoran a la piedra, al palo, a la esculpida imagen o a las divinidades anttopomórficas, adoraba inconscientemente a aquel Algo que era la causa de su religiosa intuición.

Y, como dice uno de los Vedas, el Supremo Dios acepta toda adoración sincera como si a El directamente se tributara. "La verdad es una, pero los hombres le dan muchos nombres", dijeron los sabios de pasados siglos.

Cada cual se forja y mantiene la forma particular de fe religiosa que mejor satisface las necesidades de su alma en determinado período de su evolución.

Cuando ya está dispuesto a dar un paso adelante, desecha la vieja creencia y acepta entusiasmado la nueva.

El mundo ha presenciado muchos casos de esta evolución del pensamiento religioso, que hoy día está pasando por una fase importantísima, pues el sendero de la humanidad se halla sembrado de añicos de ídolos materiales y mentales que en un tiempo fueron valiosísimos estímulos de evolución de la conciencia para millones de adoradores.

Conforme adelante la humanidad, muchos más ídolos caerán de su pedestal y sus fragmentos quedarán amontonados en las veredas de los siglos.

Pero cada ídolo tuvo su lugar apropiado en la historia del pensamiento religioso de la humanidad, cada uno cumplió su propósito y fue auxiliar del hombre en la incesante peregrinación hacia la Verdad absoluta.

En consecuencia, ¿no es lógico que en el plano ancestral se hayan establecido condiciones equitativas para satisfacer las necesidades religiosas de las almas, por distinta que fuese su fe de las otras en la vida terrena?

Imaginemos cuál no sería la angustia y la desesperación del alma desencarnada si en la otra vida viese invalidadas sus queridas creencias religiosas y las tradiciones de sus antepasados, sobre todo si el alma no está lo bastante adelantada para aceptar las modalidades superiores de la verdad religiosa, porque o no las comprende o las rechaza por incongruentes con los prejuicios de sus terrenas experiencias.

Tan cruel sería arrancar a un alma desencarnada sus creencias religiosas como quebrantar la fe de un creyente durante su vida terrena.

Muchos se figuran que al pasar el alma de esta a la otra vida se trasmuta por arte mágica de ignorante en sabia; pero no tiene fundamento alguno tan pueril suposición.

Muy poca diferencia hay entre las condiciones intelectuales y morales del individuo antes y después de la muerte.

El progreso del alma es gradual, tanto encarnada como desencarnada, pues ambas situaciones son sucesivas fases de una vida continua, como se suceden el día y la noche, el invierno y el verano.

Por tanto, las mismas características mentales y emocionales que tenía el hombre en el momento de la muerte de su cuerpo físico sigue teniendo después en el mundo astral.

Así es que cada alma desencarnada se halla envuelta en un ambiente religioso congruente con las creencias que profesó en la vida terrena.

No sólo encuentra el cielo, purgatorio o infierno que esperó o temió encontrar, sino que también entra en contacto con las almas de su misma fe, y con los santos, profetas e instructores de su propia religión, aunque ya haga siglos que pasaron a superiores niveles.

Sin embargo, este ambiente es de la misma índole que un espejismo, pues resulta del ejercicio de la imaginación y no tiene efectiva realidad natural.

Las formas mentales de una modalidad particular de pensamiento religioso son muy vigorosas en el plano astral y tienen toda la apariencia de permanente realidad para la percepción y entendimiento del creyente y del devoto, aunque son de todo punto invisibles para los escépticos o creyentes de distinta fe religiosa.

El plano astral es un plano de ideación y cada alma encuentra allí realizados imaginativamente sus ideales.

El fiel cristiano tiene ahí el convencimiento de que profesó en el mundo físico la verdadera religión al ver manifestados los postulados de su fe y que ha cosechado lo que sembró en la tierra.

Pero lo mismo le sucede al fiel hinduista, budista, mahometano, confuciano o sintoísta, y cada secta religiosa halla corroboradas sus creencias en el plano astral.

Pero allí no hay guerras religiosas ni odios teológicos, sino que cada cual se satisface con su propia fe y no se preocupa de la de los demás.

Sin embargo, el alma lo bastante adelantada para descubrir la verdad fundamental de todas las religiones y que practicó durante su vida terrena la hermosa virtud de la tolerancia, encuentra corroborada su creencia al ver el gozo que experimentan los fieles de todas las religiones.

Conviene advertir que las representaciones astrales de las diversas creencias religiosas sólo comprenden lo mejor de cada religión, es decir, sus más altos conceptos, sin asomo de supersticiones y fórmulas ajenas al espíritu religioso.

Esta circunstancia notable da el provechoso resultado de que el alma depure el deficiente concepto que de la religión pudo tener en la tierra, y así cuando reencarne llevará consigo el concepto depurado y ayudará al progreso del pensamiento religioso en el mundo físico.

A veces entra un alma en el plano astral con las creencias religiosas que profesó en la vida terrena, y allí evoluciona hasta el punto de que al reencarnar se adhiere a otra modalidad religiosa mucho más elevada.

Recordemos que la evolución espiritual impele constantemente a las almas en progresiva dirección ascendente.

CAPÍTULO XI

Cielo e Infierno

Dice el escritor ocultista a quien citábamos en el capítulo precedente que "cada ser humano es su absoluto legislador, el que se allega dicha o se acarrea infortunio, el que para sí mismo decreta el premio o el castigo". No sólo sucede así en la vida terrena, sino mayormente todavía en la astral, porque cada alma desencarnada lleva consigo su propio cielo o su propio infierno, según sus creencias y sus obras en la tierra, y participa de la respectiva dicha o infortunio, conforme a sus méritos.

Pero el juez que da el fallo no es una Potestad externa sino la propia conciencia individual, que en la otra vida se afirma vigorosamente, y su voz, que casi siempre estuvo sofocada por los tumultos del mundo físico, resuena tonante, y el alma la oye y la obedece.

La conciencia individual, cuando habla clara y firmemente, es el más severo juez que existe.

Prescindiendo de todo engaño e hipocresía, la conciencia desnuda al alma ante su vista espiritual; y el alma, después de escuchada la voz de su conciencia, su sentencia de conformidad con sus conceptos del bien y del mal y acepta el fallo por merecido y justo.

Puede el hombre substraerse al fallo ajeno, pero no al de su propia conciencia en 'el plano astral.

Esta es la justicia de la ley de causa y efecto, superior a cuanto la mente humana forjó en sus especulaciones religiosas.

Conviene notar la absoluta justicia y equidad de todo ello. El hombre es juzgado de conformidad con las superiores normas de su propia alma, que representan las normas de su época y ambiente.

Lo mejor que hay en el hombre, lo más noble de que sea capaz, se sobrepone a lo inferior, y el alma se asimila lo que la, razón concibe como absoluta justicia.

Los más eminentes penalistas coinciden en afirmar que toda norma arbitraria de castigo, tal como rige en los códigos penales de las naciones, está muy lejos de la invariable justicia, porque la educación y el' ambiente del criminal pueden haber sido tales que se viese compelido irresistiblemente a perpetrar el crimen, mientras que el mismo crimen cometido por otro podrá ser traición a su conciencia y el quebrantamiento de una ley moral por él perfectamente conocida. .

No calificaremos de criminal a la zorra que arrebata una gallina ni al gato que a hurtadillas mete el hocico en la taza de leche puesta sobre la mesa.

Hay muchos seres humanos cuyo concepto del bien y del mal no es muy superior a los de la zorra y el gato.

Por tanto, ni aun la ley humana, al menos teóricamente, debe castigar, sino prevenir y corregir por medio del precepto y del ejemplo.

En verdad que la justicia absoluta no castiga el concepto que hoy día se tiene del castigo.

Según dijimos, la ley humana no debiera tener por finalidad castigar al delincuente, sino tan sólo los siguientes objetos:

1º Exhortar a la no perpetración del delito.

2º Colocar al criminal en condiciones tales que no pueda reincidir en el delito.

3º Corregir al delincuente de modo que reconozca las ventajas de la rectitud de conducta y los perjuicios que ha de acarrearle la mala acción.

Si esto es verdad en cuanto a la ley humana finita, ¿qué cabe esperar en ello de la infimita ley universal? Seguramente, nada más que la disciplina necesaria para estimular el desenvolvimiento de las buenas cualidades del carácter y la eliminación de las malas.

Esto es precisamente lo que el ocultista experto ha observado en el plano astral.

Sobre el particular debe tenerse en cuenta que la disciplina provechosa para el alma de ideales rastreros sería inconveniente para u n alma muy evolucionada.

En resumen, cabe decir que la índole de la. disciplina a propósito para cada alma está expresada por el concepto que del cielo y del infierno tuvo durante la vida terrena y que conserva al despertar en el plano astral.

Algunos individuos se satisfacen con la idea de un lago de azufre hirviendo para los pecadores y un cielo con calles de oro y arpas y coronas para los justos.

Otros muchos, más adelantados en su evolución, desecharon los viejos conceptos de un cielo materialmente localizado y de un infierno de eternos tormentos como el tártaro pagano, y juzgan como la mayor felicidad para ellos posible un estado o condición en que puedan realizar sus altos ideales y nobles anhelos, mientras que fuera su más temible castigo hallarse en condición de llevar a sus últimas consecuencias las malas acciones que hubiesen cometido.

Éstos y aquellos encuentran en el plano astral el cielo o el infierno en que pensaron, porque unos y otros forjaron su cielo o infierno con el material de la propia conciencia.

Esos conceptos que cada alma forja del cielo y del infierno, tienen su respectivo goce o sufrimiento en el plano astral, aunque el alma ya no disponga de cuerpo físico.

El pecador que temió los tormentos eternos del infierno en un lago de pez y azufre hirvientes, por las culpas cometidas durante la vida terrena, encuentra el temido tormento porque su imaginación forja el ambiente y su conciencia le condena.

Aunque el individuo haya tratado de desechar estas ideas por el uso de su razón, se encontrará en la misma condición si las retiene impresas en la subconciencia por habérselas inculcado una siniestra educación en los días de su niñez.

Sufrirá imaginativamente los tormentos del infierno tradicional hasta que reciba una lección disciplinaria cuyo recuerdo le estimule instintivamente en la próxima encarnación.

Sin embargo, este caso es extremo, pues hay muchos otros grados de infierno que en su mente llevan las almas al plano astral, según el matiz de sus creencias religiosas.

Cada cual se ve en la condición o estado de conciencia más a propósito para purificarse de modo que en la próxima vida terrena dé un paso adelante en el camino de su evolución espiritual.

Lo mismo cabe decir de la idea del cielo. El alma goza de la felicidad de los bienaventurados según sus propios ideales y en premio de las buenas obras que practicó en la tierra.

Pero, como quiera que ningún hombre es rematadamente "malo" ni absolutamente "bueno", resulta que cada alma ha de experimentar en el astral la sensación de remordimiento por lo malo y de gozosa satisfacción por lo bueno, según el fallo de su despierta conciencia. .

Dicho de otro modo, la conciencia hace una especie de balance del que resulta un promedio congruente con la creencia predominante.

Los escépticos y materialistas que durante su vida terrena creyeron que todo acaba con la muerte, tienen en el plano astral una curiosa experiencia.

Si encuentran con sus congéneres en un plano donde imaginan que han sido transportados en carne y hueso a otro planeta. Allí sufren por lo que hicieron sufrir al prójimo y gozan por lo que le hicieron gozar.

No se les castiga por lo que no creyeron, pues fuera sumamente injusto, sino que aprenden cual corresponde la lección del bien y del mal.

También la experiencia es puramente mental y proviene del recuerdo de la pasada vida terrena, suscitado por la conciencia despierta que le da por castigo el ojo por ojo y diente por diente.

La creencia o la incredulidad en otra vida no altera en lo más mínimo la acción de la ley de causa y efecto que purifica al alma en el mundo astral.

La ley kármica no se invalida por la incredulidad en la vida futura ni tampoco por la negativa a admitir la distinción entre lo justo y lo injusto,

Todo ser humano tiene en la intimidad de su alma, por muy honda que esté, la intuición de su supervivencia, y además tiene un código moral, pero moral al fin, por imperfecto que sea.

Estas creencias y opiniones latentes en la subconciencia durante la vida física se actualizan en la vida astral.

Las almas evolucionadas que nos han dado los más verídicos informes sobre la vida del alma en el mundo astral nos dicen que la mayor felicidad o la más honda aflicción que puede experimentar un alma desencarnada inteligente y culta es el respectivo conocimiento de los resultados de sus buenas o malas acciones, pensamientos y emociones durante la vida terrena.

Cuando la vista del alma se esclarece y agudiza de modo que percibe la complicada urdimbre de las causas y efectos, y la analiza hilo por hilo, tiene en sí misma un cielo o un infierno mucho más intensos que los soñados por Dante.

No hay gozo comparable al del alma desencarnada que experimenta los resultados lógicos de las buenas acciones, ni torcedor tan aflictivamente agudo como el que le ocasionan los efectos de su malvada conducta durante la vida terrena, con el pensamiento repulsivo de que "hubiera podido conducirse de otra manera".

Sin embargo, también todo esto tiene fin, pues sólo ocupa muy breve tiempo, aunque al alma le parezca una eternidad. En el mundo astral no son eternas ni la felicidad ni la desdicha. Una y otra se desvanecen, y el alma retorna a la tierra para matricularse de nuevo en la escuela de la vida, en el parvulario de Dios, para repasar las viejas lecciones y aprender las nuevas.

Recordemos que el infierno y el cielo de cada alma están en su interior, porque son el respectivo resultado de su karma, una pura creación mental de su propio ser.

Cada alma crea su propio cielo y su propio infierno, que para ella son reales aunque no tengan existencia objetiva.

Nada hay en la vida física que sea para el alma tan real como aquellas imágenes mentales del cielo, el purgatorio y el infierno de su propia creación.

Recordemos también que el cielo y el infierno no significan premio y castigo, sino que son los medios naturales de desenvolver y vigorizar las cualidades superiores y restringir y eliminar las viciosas, a fin de que el alma pueda adelantar en el sendero de perfección.

Así vemos corroborada la sentencia transcrita al principió de este capítulo:

"Cada ser humano es su absoluto legislador, el que a sí mismo se allega dicha, o se acarrea infortunio, el que falla y sentencia su premio o su castigo '

Pero la vida en el mundo astral no consiste solamente en los estados de conciencia correspondientes a los conceptos de cielo e infierno.

Hay también gozos que nada tienen que ver con las buenas acciones practicadas durante la vida terrena, sino que surgen de la manifestación de las facultades creadoras del alma y del intenso ejercicio de su inteligencia. Son gozos de expresión y conocimiento, como el hombre terreno no soñó nunca experimentar.

CAPITULO XII

Expresión Astral

Una de las más penosas características de la vida terrena es la imposibilidad en que se hallan la mayoría de las personas de expresar por medio de la palabra, la pluma, el cincel o el pincel todo cuanto piensan, sienten, anhelan y experimentan en las intimidades de su ser.

La evolucionante alma nota en su interior que sin conseguirlo pugna por salir a la manifestación objetiva.

Puede ser el anhelo de manifestarlo en arte, música; literatura o invención, y también puede ser el vehemente deseo de mejorar las condiciones del mundo.

En todos estos casos, el impulso creador peculiar del alma se esfuerza en hacer algo en forma objetiva de conformidad con el modelo elaborado en la mente, y hacia tal expresión propenden de consuno la cabeza, el corazón y la mano.

Pero, desgraciadamente, muy pocos son capaces de realizar en la vida terrena, ni la décima parte de los ensueños de su alma. El instinto artístico está siempre hambriento de perfecta expresión, y sin embargo sólo se le conceden las migajas que caen de la mesa del Arte.

El alma está siempre sedienta de adelanto y buen éxito y sin embargo, sólo se le conceden las gotas salpicadas de la fuente.

Si todo se contrajera a la vida terrena, si los anhelos, ansias, deseos, hambre y sed del alma dependieran tan sólo de las posibilidades de una sola vida terrena, entonces estarían 'plenamente justificadas las lamentaciones de los pesimistas y las quejas de los desalentados.

Pero en realidad tales anhelos, ansias y deseos de algo mejor pueden compararse al esfuerzo de la semilla por romper el tegumento de su epidermis y brotar en tallo que ahije, florezca y fructifique.

La semilla no puede dar hojas ni flores ni frutos mientras está sepultada en el suelo.

Pero el ocultista adelantado sabe perfectamente que las semillas del anhelo prometen florecimiento y fructificación.

La mera circunstancia de su existencia prueba la posibilidad, mejor diremos la certidumbre de su realización.

Lejos de ser motivo de desaliento debe considerarse como profecía de realización.

Fundadamente se ha dicho que "en todo anhelo subyace la certeza de su cumplimiento".

Esta promesa les parecerá a muchos ilusoria, y tendrían razón si la posibilidad de cumplimiento se contrajera a la particular vida terrena en que se sintiera el anhelo.

Pero el alma lo bastante adelantada en el sendero de perfección para observar los planos de existencia que dejó tras ella, sabe que sus esfuerzos para manifestarse son los dolores del alumbramiento del fruto del ingenio.

En el mundo astral las semillas mentales, y emocionales de sana índole brotan y ahijan en espera de florecimiento y fructificación en vidas ulteriores.

En ciertas fases de la existencia astral, cuando la mente está en vigorosa concentración, el talento del individuo se desenvuelve con suma rapidez, y en la próxima encarnación se encuentra dispuesto a manifestar las facultades agudizadas durante su permanencia en el astral.

Cabe decir que en la vida astral almacena el alma energía que la capacita para manifestar insospechadas facultades en la próxima vida terrena.

Vulgar ejemplo de ello es el del muchacho que aprende a patinar y no adelanta gran cosa en los ejercicios de la tarde; pero se va a la cama sin acordarse para nada de los patines, y pasada la noche, nota al día siguiente que patina mucho mejor.

La mayoría de las personas tienen análogas experiencias en las respectivas actividades de la vida.

Notamos que algo nos ha ocurrido durante el sueño. Consiste el secreto de dicho fenómeno en que durante el sueño la subconciencia o mente instintiva del muchacho repite el ejercicio hasta adelantar algún tanto en su dominio, y al día siguiente pone en práctica lo aprendido durante la noche, aunque la mente vigílica no sabe cómo lo aprendió.

Tiene la mente humana profundidades en que se realizan dichas tareas, y mientras dormimos y nuestras objetivas facultades conscientes descansan, acomete los puntos difíciles para resolverlos de modo que nos sean más fáciles al día siguiente.

De la propia suerte, las facultades superiores de la mente se disciplinan en la práctica de lo que ha de ejecutar el alma en la próxima vida terrena, según denotan los anhelos y ansias de levantadas acciones que pugnan por su realización.

Pero con la diferencia de que el alma es plenamente consciente de la actuación de las facultades superconscientes y se goza en la tarea de desenvolvimiento y ejecución.

El mundo celeste de las almas anhelosas de magnas obras de bondad es positivamente un reino de bienaventuranza, porque allí se ve capaz de realizar cuanto no le era posible en la tierra y de expresarlo muchísimo mejor que todo lo que pudiera imaginar.

Y esta expresión es el resultado del mismo anhelo de actuar, del gozo de la acción desinteresada y no de la esperanza de recompensa.

Únicamente en el mundo astral es capaz el alma de satisfacer las condiciones descritas por Kipling en los siguientes versos:

"Tan sólo el Maestro nos alabará o nos vituperará. Y nadie trabajará por dinero ni por fama, sino cada cual por el placer del trabajo y conforme a su especial actividad, de modo que haga como él lo ve."

Lo mismo cabe decir del anheloso de conocimiento, del hombre que se deleita en ejercitar su inteligencia.

Un hombre así encuentra en el mundo astral el Libro del Conocimiento abierto muchas páginas más adelante de aquellas en que se veía obligado a detenerse durante la vida terrena.

El filósofo, el naturalista, el fisicoquímico hallan en la vida astral numerosas ocasiones de ejercitar sus facultades.

A su disposición están la biblioteca del Cosmos y los laboratorios del universo que benévolamente los reciben.

Satisfacen con creces los deseos de sus corazones las coyunturas que les ofrece el mundo astral.

Y cuando les llega la hora de reencarnar vuelven a la tierra con la inteligencia estimulada y fortalecida la razón.

Lo que así han aprendido aparece en la nueva vida terrena en el aspecto de intuición.

Muy bien saben los ocultistas adelantados que los inventores insignes, como Edison, los filósofos famosos como Hegel y Spencer y los eminentes cientistas como Darwin y Huxley, que parecían denotar intuitivo conocimiento de sus respectivas materias, no, hicieron más que manifestar en el plano físico lo que adquirieran en el astral como fruto de los anhelos de sabiduría mostrados en pasadas encarnaciones.

Según se lee en las Memorias de estos grandes hombres, a todos ellos les vino la idea de sus respectivos descubrimientos tan repentinamente como baja del cielo.

Pero ley es de la Naturaleza que no hay flor ni fruto sin la precedente semilla, lo mismo en el plano físico que en el astral. Todo efecto tiene necesariamente su causa.

Los que suelen llamarse genios desconocidos o sabios en ciernes, esto es, los que dicen que podrían ser unos genios si acertaran a expresar lo que sienten, tendrán su oportunidad en el mundo astral, y si plantan la semilla en suelo, fértil, dará flores y frutos en la venidera encarnación.

Las siguientes comparaciones esclarecerán esta idea:

1º La vida terrena es como la oruga que siente en su interior algo que no comprende y no puede expresar.

2º La vida astral es como crisálida en que se está formando la futura mariposa, cuyas policromadas alas ya existen en la forma astral.

3º La vida terrena reencarnada es como mariposa que realiza el ideal sentido en la primera etapa y mentalmente experimentado en la segunda.

La ley del karma cumple mucha parte de su obra en el plano astral, pues allí la materia es plástica, dúctil y maleable, ya que el alma carece de la pesada envoltura del cuerpo físico.

Exactas e infalibles son las operaciones de la ley del karma. Siempre da fruto la semilla y cada fruto según su especie.

"Karma del alma son los pensamientos y emociones que tramó en el telar del tiempo con la invisible urdimbre de sus acciones.

"Desde antes del principio y sin fin, eterna como el espacio, una divina Potestad que impele al bien. Sólo su ley perdura.

"Lo que sembréis, aquello mismo cosecharéis. Ved esos campos. El sésamo fue sésamo. El trigo fue trigo. Conocieron el silencio y la oscuridad. Así nace el destino del hombre.

"Viene a cosechar lo que sembró de sésamo y trigo en la pasada vida, con muchas plantas adventicias y hierbas ponzoñosas.

"Si labora acertadamente y desarraiga la maleza, y planta semillas sanas en terreno apropiado, cosechará óptimos y abundantes frutos."

CAPITULO XIII

Actuación Astral

Respecto de la actuación en el mundo astral, dice el famoso autor A. P. Sinnett:

"Quienes supongan que la contemplación desde el plano celeste de lo que pasa en la tierra imposibilitaría la felicidad del alma, digan si acaso es posible dicha alguna en el estado de monótona inactividad cual la que ahora se describe.

"La objeción se levanta desde el punto de vista de una facultad imaginativa que no puede prescindir de su ambiente.

"Nadie puede quejarse de haber experimentado monotonía durante el mayor o menor tiempo en que gozó la mayor dicha de su vida.

"La mayoría de las personas habrán tenido algunos momentos de suprema dicha y podrán juzgar de esta comparación. "Porque si consideran tan sólo un momento de la dicha

experimentada en que no notaron ni asomo de monotonía, y suponen prolongado indefinidamente aquel estado de ánimo sin que ningún suceso ni influencia externa venga a darles la sensación del tiempo, tendrán una débil idea de la felicidad celeste.

"No hay lugar en semejante estado para el cansancio, porque la pura e inmutable sensación de intensa felicidad prosigue, aunque no eternamente puesto que son finitas las causas que la engendraron. Perdura hasta que se agota el eficiente impulso recibido.

Otra autoridad sobre el asunto, citada por Sinnett, dice así:

"Las cualidades morales y espirituales han de encontrar campo donde se explayen sus energías. El devacán es este campo.

“De ahí que todos los grandes proyectos de reforma moral, de investigación de los principios abstractos de la Naturaleza, todas las aspiraciones espirituales que llenan el aspecto brillante de la vida, si realizan en el devacán, y el alma se ocupa en esta interna obra de autopreparación, y goza de los efectos de las causas espirituales sembradas durante la vida terrena.

"Vive el alma en el devacán una existencia consciente puramente espiritual, un sueño de vívida realidad, hasta que agotado aquel aspecto del karma vuelve el alma a la existencia objetiva de las causa, en este mundo o en otro, según su etapa de evolución.

"Por tanto, el alma está incesantemente activa en el devacán.

"Porque aquel vívido sueño no es más que la fructificación, la cosecha de las semillas psíquicas caídas del árbol de la existencia física en nuestros momentos de ensueño y esperanza, cual fantásticos vislumbres de dicha y felicidad, sofocadas en un estéril suelo social, pero que florecen en la rosada aurora del devacán bajo cuyo luminoso cielo maduran.

"Si el hombre tuviese un solo momento de experiencia ideal, ni aun entonces podría ser, como erróneamente se supone, la indefinida prolongación de aquel solo momento.

"Aquella única nota pulsada en la lira de la vida formaría la tónica del estado subjetivo del alma, y se explayaría en innumerables tonos y semitonos armónicos de psíquica fantasmagoría.

“Allí se realizan todas las esperanzas, aspiraciones, anhelos y ensueños, de suerte que los sueños de la existencia objetiva llegan a ser realidades en la existencia subjetiva.

"Y allí, allende el velo de Maya percibe el iniciado sus engañosas apariencias, porque aprendió a escrutar el arcano de la existencia.

"Decir que de este modo nos defrauda la Naturaleza, porque nos da una ilusoria sensación de dicha, equivale a no comprender las condiciones de la vida y la existencia fuera del mundo material.

"No es posible hacer en el devacán, fuera de las condiciones de la vida terrena, la misma distinción que en la tierra acerca de lo que en el mundo físico llamamos realidad y ficción.

"No es posible aplicar el mismo principio a dos series de condiciones.

"El alma espiritual no tiene sustancia material ni está confinada a determinado lugar con limitado horizonte y limitada percepción de este horizonte.

"Por tanto, si decimos que las experiencias devacánicas son un fraude de la Naturaleza, también habríamos de tildar de ilusiones engañosas los puros sentimientos propios del alma, como por ejemplo el amor, el sentimiento de lo bello, la profunda filantropía, etcétera, que inundan nuestro ser de intensa dicha"

Seguramente el alma anhelante ha de vislumbrar mayor felicidad en la idea de un cielo donde se solucionen todos los problemas de la vida terrena y encuentre el instinto creador ocasiones de desenvolvimiento, a fin de que en una nueva y más plena vida se realicen los sueños ideales de la anterior, que en la idea de un cielo donde cese toda actividad y no haya ocasión ni motivo de adelanto, sino que todo cuanto haya que hacer sea cruzarse de brazos y gozar la dicha de la eterna ociosidad.

El instinto creador está en. el corazón de la Naturaleza, es el palpitante estremecimiento de la sangre de su vida, porque la Naturaleza siempre trabaja, incesantemente actúa y empieza, termina y reanuda de modo inacabable su labor en el rodar de los siglos.

Verdaderamente sólo en la actividad puede haber vida, y, como canta el poeta:

"Toda otra vida es vivir muriendo en un mundo donde sólo moran fantasmas; un soplo, un son, un aliento, una voz, el tintineo de la esquila del camello."

Tan sumidos en la materialidad están los hombres mundanos que hablan del cielo como si fuese un fantasma, un espejismo, una ensoñación.

No les parece "real" lo que no está en el plano físico.

Los pobres mortales no comprenden que en último término nada hay tan ilusorio, tan fantasmagórico y ensoñador como este mundo material.

No se dan cuenta de que en él nada hay permanente, pues hasta el mismo planeta algún día ha de desquiciarse y romperse en mil fragmentos meteóricos, y que ni aun la mente es lo suficientemente ágil para obtener un vislumbre de la esencia de la materia, porque antes de que pueda observar un fenómeno material ya se ha transmutado la materia.

El mundo mental, y mayormente todavía el mundo del espíritu, son más reales que el mundo material.

Desde el punto de vista en que se colocan las facultades superiores, nada hay real sino el espíritu, y la materia aparece como lo más irreal e ilusorio.

A medida que las facultades de observación trascienden los objetos del plano físico, más reales son para el alma los del mundo astral.

De esto se infiere que las experiencias del alma en el devacán son mucho más reales que las pasadas. en el mundo físico.

Como dicen los citados antores, la Naturaleza no defrauda al hombre en el mundo astral, sino que, por el contrario, son allí sus manifestaciones mucho más positivas que en el mundo físico.

Esto es de muy difícil comprensión para el profano; pero las almas evolucionadas acrecientan su convencimiento de esta verdad a medida que adelantan en su experiencia.

Muy grave error es suponer, como suponen los incrédulos materialistas, que las experiencias del alma en el mundo astral son algo así como "jugar a la realidad".

No hay más que reflexionar sobre las experiencias de la vida terrena para convencerse de que algunas de las más señaladas obras humanas se llevan a cabo en las horas substraídas a las ocupaciones ordinarias, en los períodos que pudiéramos llamar "del ideal", cuando la mente piensa, proyecta, planea y forja imágenes que más tarde se concretan en forma material.

Todas las obras efectivas del hombre -los edificios, los puentes, las máquinas- estuvieron antes en la mente del arquitecto o ingeniero que las proyectó.

Su primera fase de existencia fue en forma mental, a que los operarios dieron forma material.

Por tanto, ¿cuál es la verdadera y real creación? ¿La de la mente o la de las manos? ¿La mental o la física?

En su actividad devacánica efectúa el alma una obra semejante a la del ingeniero que proyecta un puente o una máquina, a la del escultor que idea un monumento, a la del pintor que concibe el asunto de un cuadro, antes de dar forma objetiva a sus creaciones mentales.

La vida celeste es el período de formación del modelo, dechado o molde que ha de servir para la manifestación material, y sólo por ignorancia cabe tildar de "sueño" la fase devacánica de la vida del alma.

En verdad que las costras y escamas de la materia ofuscan los ojos del hombre de modo que lo ilusorio le parece real y lo real ilusorio.

Cuanto más adelanta el alma en su evolución, más reales le resultan sus experiencias, y cuanto más se acerca a la materia, mayormente se envuelve en el velo de la ilusión.

¡Ah! ¡Maya, maya! Madre de la ilusión: ¿cuándo aprenderemos a sobreponernos a tu hechizo? Quienes se revuelcan en el cieno no ven nada más fino ni superior a su grosera sustancia.

CAPITULO XIV
Asociación Astral

Todos los que reflexionan sobre la otra vida suelen preguntar: "¿Nos conoceremos allí unos a otros?" Esta pregunta está arraigada en el corazón de la humanidad por el amor y el afecto.

Aunque el mundo celeste proporcionara toda clase de dichas, no sería tal cielo para la generalidad de las almas si no pudieran gozar de la compañía de aquellos a quienes amaron en la tierra.

El alma anhela instintivamente la compañía no sólo de sus seres amados, como el esposo, la esposa y los hijos, sino también la de los parientes predilectos y amigos íntimos.

Sin la seguridad de esta continuada compañía, fuera el cielo una desolada y fría mansión para la generalidad de las almas.

Pero nos congratulamos de que los yogis han sido claros y explícitos sobre este asunto, asegurando que los anhelos y esperanzas del corazón humano se verán plenamente realizados en la vida celeste.

No sólo nos reconoceremos allí todos, sino que se fortalecerán aún más los lazos que nos ligan a nuestros parientes y amigos y contraeremos nuevas relaciones con las almas con que simpaticemos, aunque no las hayamos conocido en la tierra.

En el mundo celeste tiene el alma mayor posibilidad de establecer íntimas relaciones amistosas con las almas de su misma tónica, pues consumidos por el fuego astral los siniestros afectos egoístas y pasionales, es capaz de contraer amistades muy puras.

En el mundo celeste puede encontrar el alma a otras almas que tengan sus mismos anhelos y aspiraciones, de suerte que lo que en la vida terrena fueron sueños y quimeras sean entonces los incidentes ordinarios de la nueva vida del alma.

Aquello por lo que en vano suspiró el alma en la tierra lo encuentra abundosamente fructificado en el cielo.

Para comprender lo que esto significa basta pensar en los elevados ideales sustentados en la tierra por quienes tienen altísimo concepto de las relaciones entre los hombres.

Aunque este concepto se amortigüe a veces por imposibilidad de positiva expresión en el mundo físico, permanece constante en el alma; y una de las tragedias de la vida terrena es que dicho concepto parezca "demasiado bueno" para ser verdad.

El puro amor conyugal siempre tiene por trasfondo el anhelo de seguir los cónyuges unidos en el cielo como lo estuvieron en la tierra; y, sin embargo, pocas veces se libra este ideal de las salpicaduras del cieno mundano.

También son pocas las veces en que las relaciones entre padres, hijos y hermanos se acercan a la realización del ideal de puro amor que alienta en la intimidad del corazón humano.

Tan verdadero es el ideal del amor desinteresado, tan constante es su presencia, que cuando en la vida terrena vemos dos almas enlazadas por la pura y abnegada amistad sentimos conmovido de gozosa ternura y simpatía nuestro ánimo.

La descripción de este ideal en la novela, el canto, la poesía o el drama alumbra manantiales de emoción armónica y de sincera simpatía que nos elevan a los niveles superiores del pensamiento y de la vida.

¿Cuál no debe ser entonces la felicidad, el gozo, la dicha y bienaventuranza, la completa satisfacción de la vida en un plano de existencia donde toda expresión es natural y se realizan los ideales?

Verdaderamente, nos reconoceremos allí no sólo todos cuantos nos hayamos conocido y amado en la tierra, sino que también trabaremos conocimiento con las almas que armonicen con la nuestra.

Quienes estuvieron relacionados en la tierra por lazos de parentesco o amistad de índole espiritual, hallarán en el mundo celeste ocasiones favorables de manifestar su mutuo amor y profunda simpatía.

Todo lo más alto que a la imaginación humana le quepa forjar en tal compañía, no es más que pálido reflejo de lo que el alma ha de experimentar.

Inútil es el intento de describir estas experiencias, porque son insuficientes las más expresivas palabras para representar la verdad.

La respuesta a la pregunta debe necesariamente ser que cada cual se examine por introversión y hallará impresa en su interior la imagen de la máxima felicidad posible en semejante estado de conciencia, y considerar que aquella imagen está mil veces por debajo de la realidad.

Únicamente en la armonía de la música, en la rítmica cadencia de la alta poesía, en las líneas de una bella obra de arte puede el alma prisionera en la carne tener un vislumbre del verdadero amor en el devacán.

Estas consideraciones dan al alma débiles insinuaciones de lo que ha de experimentar en la vida celeste.

Tal es una de las razones por las cuales la música, la pintura y la poesía son capaces a veces de alzarnos sobre el ambiente material que de ordinario nos rodea.

En los relámpagos de conciencia cósmica que suelen sorprender a las almas espiritualmente iluminadas está incluida la realización del anhele de compañía en los planos superiores.

Bien expresó Whitman la dificultad de describir en frases ordinarias y balbucientes palabras la realización de esta verdad:

En éxtasis se me apareció otro sol inefable que ofuscó mi vista.

Y conocí todos los brillantes orbes desconocidos hasta entonces de la futura tierra, del país celeste.

No quiero despertar, porque nada me parece lo que antes me parecía. O si despierto será como si fuese por vez primera, de suerte que todo lo de antes se desvanezca como un sueño.

Si trato de referir lo que experimenté, no puedo. Mi lengua es insuficiente. Mi pecho no alienta y quedo mudo.

Por su parte, dice Emerson :

Las palabras de quien habla de aquella vida deben sonar a hueco para los que no vibran con el mismo pensamiento. No me atreveré a hablar de ella. Mis palabras no entrañarían su augusto sentido. Serían incompletas y frías. Sólo ella puede inspirar a quien ella quiera, y entonces sus palabras serán líricas, dulces y universales como el soplar del viento. Sin embargo, aún por medio de palabras profanas, ya que no puedo valerme de las sagradas, deseo señalar el cielo de esta deidad y referir las insinuaciones recibidas de la ascendente sencillez y vigor de la Suprema Ley.

La dificultad de explicar al profano la índole de las relaciones entre las almas durante la vida celeste consiste en que se encastilla en la idea de que el cielo o mundo celeste es un lugar, sin tener en cuenta que no es tal lugar, sino un estado de conciencia variable según el individuo.

Así es que estar en el cielo con los seres amados significa hallarse en el mismo nivel de conciencia, y por tanto en relación mucho más estrecha que la que puede establecer la proximidad de lugar.

La armonía entre las condiciones de vida de las almas en el mundo celeste las pone en más cercano contacto del que el hombre terreno puede imaginar.

Débil símil de estas condiciones son aquellas en que se hallan en la tierra dos amantes que se quieran con toda su alma, como se dice vulgarmente, y en un amoroso arrobamiento entrefundan en una sus dos almas.

Esta condición psíquica los acerca mucho más que si carentes de ella estuvieran uno junto a otro, y da idea de la condición de las almas afines en el mundo celeste.

Alguien tal vez objete diciendo que si dos almas se hallan en distintos subplanos del mundo celeste no les será posible gozar de su mutua compañía.

Pero cuantos están familiarizados con las verdades ocultas saben que el alma siente en el mundo celeste la simpática atracción del alma que se halla en un subplano inferior y con ella establece un enlace psíquico, parecido a una modalidad superior de telepatía, de suerte que posibilita la relación mental y espiritual entre ambas, mucho más íntima que cualquiera relación en la tierra.

Además, según dijimos en otro capítulo, el alma puede visitar a las que se hallan en los subplanos inferiores al suyo, y de esta v de otras maneras se efectúa la asociación de las almas en el mundo celeste.

Las almas susceptibles de simpatía no se quedan jamás solas en el plano astral ni en el devacán, pues todo cuanto fue noblemente enaltecedor en la vida terrena se magnifica y acrecienta en la vida superior. Sólo quedan por lo bajo las escorias.

Hay una ley natural que igualmente rige en los planos astral y físico, y en ambos regula y gobierna todas las cosas.

El alma desencarnada no se substrae a las leyes de la Naturaleza cuando sale del mundo físico, sino que asciende a un plano o nivel de la Naturaleza mucho más abundoso, suave y pleno que cuanto de mejor quepa imaginar en la tierra.

Una vez eliminadas las escorias por la vibración astral, el alma florece y fructifica en la nueva vida.

Hay una palabra que mejor que otra alguna expresa el significado espiritual y la finalidad de la vida y de sus experiencias en los planos superiores. Esta palabra es AMOR.

Es el perfecto Amor que todo temor desvanece, cuya fluir es gozo y cuyo fruto es Paz.

CAPÍTULO XV

Comunicación Espiritual

Pocas cosas hay tan deplorables para el ocultista adelantado como la confusión de la verdad a medias con la falacia, de las falsas doctrinas con los sofismas que les dan apariencia de verdaderas.

Esto sucede en el mundo occidental con el tan resobado como incomprendido fenómeno de la comunicación de los espíritus.

Sin embargo, por muy lastimosa que sea semejante confusión, ha servido para llamar la atención de los pensadores y moverlos a investigar el asunto.

Hasta los fraudes e imposturas que tanto escándalo suscitaron en la historia del espiritismo en el mundo occidental y que repugnaron profundamente a las personas reflexivas, dieron por resultado el conocimiento de la verdad respecto de los fenómenos psíquicos.

Prescindiendo de todo lo fraudulento, incierto o dudoso en esta clase de fenómenos simulados, veamos qué hay de verdad en la comunicación de las entidades del plano astral con las del mundo físico.

Esta comunicación es de dos clases: la superior y la inferior. La comunicación de clase inferior comprende dos casos:

1º Cuando un alma desencarnada residente en los subplanos inferiores y ligada todavía a los intereses terrenos se aparece a una persona de la tierra o se comunica con ella.

2º Cuando se galvaniza un cascarón astral.

La comunicación de clase superior sólo comprende el caso en que un alma residente en los subplanos superiores del astral se manifiesta de un modo u otro a una persona de la tierra.

El alma residente en los subplanos superiores del mundo astral se halla en una condición idealística, sin ocuparse ni preocuparse del mundo que tras sí dejó.

Por tanto, no se extingue en ella el amor que profesó en la tierra a sus parientes y amigos, pero la relación que con ellos mantiene es de índole puramente afectiva, sin asomo de proximidad física.

Los lazos que unen el alma desencarnada con la que quedó en la tierra son a manera de filamentos espirituales, algo así como una comunicación telepática.

Cuando el alma desencarnada se forja la imagen mental de la que dejó en la tierra, le parece a ésta que aquella está a su lado o muy cerca; pero esta sensación dimana del enlace telepático a que nos hemos referido.

Análogamente, el alma desencarnada experimenta la sensación de que "alguien la llama" cuando la persona en la tierra piensa intensamente en ella.

Respecto a la continuidad de los sentimientos de amor y afecto entre las almas separadas, no puede menos de ser beneficiosa, porque al alma en la carne la consuela y fortalece el convencimiento de que está en relación con el alma desencarnada, mientras que ésta se goza y regocija como cuando en la tierra estaba junto a la persona amada.

Esta relación es sacratísima, y la mantienen muchas personas, aunque sin poder explicarla a los incapaces de comprenderla; pero quienes hayan experimentado sus efectos estimarán en todo su valor cuanto decimos.

Los que no la hayan experimentado podrán comprenderla o al menos tener idea de ella si la refieren a la dicha que sintieron al tener a su lado a una persona querida.

Es en verdad la comunión de dos almas muy cercana en algunos aspectos a la comunicación de las almas en el plano astral, aunque con las deficiencias propias del caso.

Esta comunicación espiritual nada tiene de nocivo ni siniestro, todo en ella es armónico y placentero. Nada tiene de sospechoso ni reprochable.

La condenación queda reservada para otro linaje de comunicaciones.

Los ocultistas adelantados consideran unánimemente deplorabilísima la práctica de evocar a las almas desencarnadas por entretenimiento, curiosidad, egoísmo o exhibición fenomenal.

Las más prestigiosas autoridades condenan enérgicamente está práctica.

En primer lugar, el resultado es siempre contrario al propósito, por excelentes razones ocultas.

En segundo lugar, la evocación arriesga perjudicar al alma desencarnada, porque se le substrae la atención de los subplanos superiores y se la convierte a las cosas materiales, con lo que se le confunde la mente y se retrasa su desenvolvimiento espiritual.

Es como si dirigiéramos la atención del recién nacido a las condiciones de su vida intrauterina, si tal fuese posible.

Al alma que no comprende bien la índole y carácter de su vida astral (y sólo las muy adelantadas los comprenden) le confunde, desalienta y desazona la entremezcla de las cosas y fenómenos del plano astral con los del físico.

Se ha de dejar al alma tranquila para que naturalmente prosiga su evolución en el plano a que su estado de conciencia la lleve, y no evocarla para satisfacer curiosidades casi siempre egoístas y malsanas.

El resultado de semejantes evocaciones es muy parecido al que obtendría un agricultor si diariamente arrancara las plantas de su parcela de experimentación para ver si crecen sus raíces.

Otra modalidad de evocación es la que tiene por objeto que el alma desencarnada acuda a consolar a sus deudos e informarles de la condición en que está en la otra vida.

No es tan siniestra esta evocación como la que se hace por curiosidad o por afán de público espectáculo, pero también es nociva.

El alma así evocada por las vibraciones de afecto de sus deudos acude si le es posible, como quien es despertado de un profundo sueño, en estado sonambulico, pues tal es precisamente su situación.

El sonambulismo no es cosa que convenga infundir en las personas del mundo terreno, y mucho menos en las almas desencarnadas, que como están entonces ofuscadas no saben bien lo que les pasa y no pueden satisfacer lúcidamente el propósito de la evocación.

Quienes hayan tenido o presenciado comunicaciones con entidades astrales, recordarán que en la mayoría de los casos auténticos la entidad comunicante da respuestas incoherentes y confusas, de suerte que aun en las mejores condiciones es insatisfactorio el resultado, porque la evocación de las entidades astrales pervierte el proceso normal de la Naturaleza.

Nunca está justificada semejante práctica y la condenan las más prestigiosas autoridades.

El vislumbre de la índole y condiciones que de la vida del alma en el plano astral damos en este libro bastará para dar a entender claramente los motivos de la condenación.

Verdad es que a veces las almas residentes en el plano astral, impelidas por algún profundo remordimiento o por algún asunto de supremo interés para sus deudos más cercanos, se han comunicado voluntariamente con ellos y en algunos casos de excepcional gravedad hasta llegaron a materializarse momentáneamente.

Estos casos son raros, pero dignos, por lo auténticos, de mencionarse para mejor conocimiento del asunto.

El vehementísimo anhelo del alma desencarnada la mueve entonces a tomar una forma perceptible por la persona con quien desea comunicarse, de la propia suerte que también toma forma objetiva una vigorosa impresión telepática.

Pero aun en tales casos el alma afligida, la llamada vulgarmente "alma en pena", acaba por substraerse a la atracción de los intereses mundanos y se restituye a la normalidad de la vida astral, de acuerdo con las leyes de la Naturaleza.

Sabemos que al exponer estas verdades desalentamos y acaso nos concitamos la antipatía de quienes se figuran estar en frecuente comunicación con sus difuntos.

Pero la verdad es la verdad, y estamos seguros de que la debida comprensión de este asunto les demostrará que el verdadero amor hacia quienes nos precedieron en la partida consiste en enviarles auxiliadores pensamientos de paz a fin de que prosigan su evolución, sin perturbarlos con nuestras insensatas lamentaciones y egoísta curiosidad.

Además, nunca nos dará plena satisfacción la reprobable práctica de evocar a los difuntos, porque siempre quedará algún punto por esclarecer.

El verdadero amor consiste en dar y no en recibir, y este hermoso aforismo puede también aplicarse a la comunicación con las entidades astrales, pues mucho más noble y eficaz es enviarles pensamientos de amor, simpatía, consuelo, aliento y estímulo para que evolucionen en los niveles superiores del otro mundo, que atraerlos a este bajo mundo de materialidad sin otro propósito que oírles decir que son dichosos o acaso escuchar las vulgaridades propias del estado sonambúlico.

Mucho más provechoso para nosotros es elevarnos a los planos superiores de existencia donde nuestros difuntos se hallan y comunicarnos espiritualmente con ellos por medio del pensamiento, sin necesidad de lenguaje verbal o escrito ni de comparecencia personal.

Consideremos imparcialmente este punto a fin de que la voz de la verdad resuene en lo íntimo de nuestro ser y responda de acuerdo con las afirmaciones de los sabios.

CAPÍTULO XVI

Lazos Mundanos

En las obras que tratan del plano astral, sobre todo si son de autores antiguos, se encuentran muchas referencias a las almas apegadas por lazos mundanos a la senciente vida de la tierra.

Por regla general es muy bajo el estado de conciencia de estas almas que no quieren apartar su mirada de la tierra ni alejarse de los lugares donde más ejercieron su actividad o gozaron sensualmente durante su vida física, pues sólo allí encuentran el placer peculiar de su degradada condición.

Pero también hay, por desgracia, otras almas que a pesar de su mayor nivel de conciencia se muestran reacias a romper los lazos mundanos y se adhieren desesperadamente a los deudos que dejaron en la tierra.

Suele suceder que un alma predispuesta a vivir normalmente en los subplanos superiores del plano astral está tan preocupada por las cosas de la tierra, que en cuanto despierta de su sueño se afana por volver a inmiscuirse en los asuntos mundanos.

Esta siniestra condición deriva generalmente del incumplimiento de algún sagrado deber, del remordimiento ocasionado por algún daño gravísimo inferido al prójimo o de la ansiedad por el porvenir de los de su sangre que quedaron en la tierra.

En tales casos, la entidad astral planea en el espacio junto a la persona o sobre el lugar en que tiene enfocado su interés, y en condiciones psíquicas extremas puede hacerse visible a la persona con quien necesita comunicarse.

A esta clase pertenecen las pobres almas errantes de uno a otro de los lugares que frecuentaron en vida, y cuyo remordimiento las mueve a vanos esfuerzos para remediar el mal que a sí mismas o a los demás hicieron.

Por supuesto que estas almas infortunadas no están completamente despiertas en el mundo astral ni en el físico, sino en un estado sonambúlico en ambos planos, sin participar de la normalidad de la vida astral ni de la terrena.

En análoga condición se encuentran aquellas otras almas atormentadas por el pensamiento de haber dejado incompleta una labor o incumplido un deber, y que en estado sonambúlico planean sobre los lugares más frecuentados en su vida anterior y más particularmente rondan por la casa en que habitaron, con el soñoliento propósito de enmendar sus yerros.

A otra clase pertenecen las almas que no por interés material sino por el vivísimo afecto que profesaron a sus deudos más cercanos, se atan a la tierra con el vano propósito de servirles de auxilio y guía.

En todos estos casos, el deber del alma encarnada es enviar al alma en pena un pensamiento de amor con la deliberada sugestión de que se aparte de las cosas del mundo físico, porque su propio escenario de actividad es el mundo astral donde está obligada a proseguir su desenvolvimiento en obediencia a la atracción de los subplanos superiores.

Quienes tengan la seguridad de que una de estas almas desencarnadas se cierne a su alrededor, no ha de vacilar en cumplir con el deber de darle dicho consejo, por muy dolorosa que sea la repulsa, aunque se ha de tener en cuenta que a causa de su estado sonambúlico se manifiesta el alma desencarnada en una tónica ingenuamente infantil y por lo general no le cuesta mucho seguir el consejo y obedecer la insinuación, por más que de momento llore como un chiquillo.

Sin embargo, si bien muchas almas aceptan el consejo y ceden a la atracción de los subplanos superiores, sucede que aun sin necesidad de tal consejo acaba el alma desencarnada por hacerse cargo de su desairada situación, cesa su existencia inquieta y prevalece la superior atracción que la conduce a su nivel adecuado del mundo astral.

Prevenimos contra todo intento de mantener cercana a este mundo al alma que repugna romper los lazos que la atan a las cosas materiales, porque sería como alentar al feto a que permaneciese en la matriz o a la crisálida a que se mantuviera en el capullo.

Ningún bien puede provenir de quebrantar las leyes de la Naturaleza en cualquier plano de existencia.

La clase inferior de almas apegadas a la tierra es muy distinta y bastante peor que las de las dos clases anteriores.

Son almas de muy bajo estado de conciencia, en que predomina la animalidad, y los instintos brutales son su característica emocional.

En estas almas es tan poderosa la tendencia a las cosas de la tierra que prepondera contra la atracción de los subplanos superiores, de modo que vive el alma en un subplano tan cercano al mundo físico como le es posible a su lastimosa condición.

En efecto, el subplano inferior del astral, donde moran estas almas, está tan próximo al mundo físico que parece como si dijéramos el anillo de tránsito o subplano de transición entre uno y otro mundo, o una entremezcla de ambos, o bien como si únicamente los separara un tenue velo que es una tentación continua para dichas almas, pues aunque no puedan tomar parte en los sucesos terrenos, perciben confusamente cuanto va ocurriendo en la tierra.

Estas almas de atrasada evolución contraen su visita a los lugares en que más actuaron durante la vida terrena, y se complacen siniestramente en influir en las personas de su misma índole, incitándolas a toda clase de acciones crapulosas y aun de crímenes.

En algunos casos extremos han logrado estas almas magnetizar un cascarón astral y darle apariencias de ectoplasma.

La índole de estas entidades varía muy poco al pasar del plano físico al astral, y se deleitan en las burlas y jugarretas con que alucinan a los concurrentes a las sesiones espiritistas, haciendo sonar los timbres de las casas, apagando las luces, provocando ruidos extraños y golpeando a los circunstantes.

Sin embargo, no son realmente temibles, porque cualquiera puede ahuyentarlas con un conjuro en que se les dé a entender que se sabe quiénes son y se les manda que se marchen para no volver.

Un mandato enérgico, con voz de autoridad, y la manifestación rotunda de que se les ha descubierto el juego bastarán para que se retiren cabizbajas y cariacontecidas a su propio subplano.

También son capaces estas atrasadas almas de fingirse y tomar el nombre de un pariente o amigo de alguno de los presentes en una sesión espiritista o de simular un personaje histórico famoso.

Todo el que de buena fe o con propósito de investigación y examen imparcial haya asistido a las sesiones espiritistas y escuchado lo dicho por el falso Washington o el Julio César simulado, en el tono y lenguaje peculiares de los barrios bajos, comprenderá la razón de nuestros asertos.

El conocimiento de estas circunstancias esclarecerá muchos puntos obscuros de los fenómenos psíquicos.

Sin embargo, esta clase de almas permanecen muy poco tiempo en el mundo astral, y no tardan en reencarnar en un ambiente adecuado a su carácter, en cumplimiento de la ley de atracción espiritual.

Como quiera que gravitan hacia el plano material, nada hay que pueda mantenerlas en el astral, y por tanto es en la mayoría de los casos de corta duración su vida astral.

Pero, aun en el hombre más brutal y degenerado hay algo bueno, por poco que sea, una chispa de fulgor espiritual que brilla momentáneamente en el plano astral.

Con el tiempo, esta chispa bastará para encender una débil llama que alumbre los pasos de la pobre alma por el sendero que la conducirá a los subplanos superiores.

Así es que también estas almas tienen un grado de prometedora esperanza.

La mayoría de ellas no han querido aprovechar las lecciones de la experiencia, sino que por el contrario se sumen cada vez más en la materialidad, hasta que la amante Naturaleza las azota y aflige de suerte que despiertan conscientemente a la comprensión de su verdadero estado.

Hay en el mundo astral subplanos de tan repulsivo carácter que nos resistimos a mencionarlos.

Están habitados por entidades de ínfima estofa, de la peor ralea, incapaces de colaborar en el divino plan de evolución.

No nos detendremos a describirlas. bastará citar al efecto las palabras con que manifiestan sus respectivas impresiones dos sabios ocultistas, uno antiguo y otro moderno.

Dice el antiguo: "¿Qué lugar es el que veo? No hay agua. No hay aire. No hay luz. No hay suelo. Es un abismo insondable. Tan negro como la más negra noche.

Dice el moderno: "Muchos estudiantes de ocultismo repugnan la investigación de este subplano por lo desagradable, pues produce una sensación de pesadez y materialidad indescriptiblemente repugnante al ego que actúa libremente en su cuerpo astral, porque le parece como si atravesara un fluido negro y viscoso, aparte de lo antipático de las entidades que lo pueblan."

No es necesario amonestar a las personas discretas en el sentido de que no intervengan ni presencien fenómenos psíquicos de carácter material que las pondrían en contacto más o menos directo con los subplanos inferiores del plano astral.

Sin embargo, queremos dejar sentada esta amonestación mucho más vigorosamente que en nuestras demás obras, porque lo desconocido fascina y atrae a muchas personas, sobre todo a las que no están familiarizadas con los fenómenos del mundo astral.

Estas personas, embargadas de curiosidad, se lanzan imprudentemente adonde los ángeles temerían entrar y atraen todo siniestro linaje de entidades y condiciones astrales.

Nuestro consejo en este punto es que se ha de tener fijo el pensamiento en las verdades espirituales superiores, en la vida superior del alma, apartándose resueltamente de las bajas modalidades de los fenómenos psíquicos, es decir, no buscar en modo alguno fenómenos, sino investigar continuamente la verdad, que una vez conocida esclarecerá todos los misterios y resolverá los problemas.

La curiosidad que no tiene por objeto el acrecentamiento de la energía mental por la adquisición de mayor suma de conocimientos es curiosidad malsana, semejante a la del niño que se abrasa la mano al tocar la estufa.
Busquemos siempre el fulgor solar del espíritu y evitemos los pálidos rayos del fenómeno psíquico.

CAPÍTULO XVII
Cascarones Astrales

No quedaría completa la tarea que hemos emprendido en este libro si omitiéramos un peculiar fenómeno del mundo astral que confunde a los investigadores noveles de los fenómenos psíquicos.
Se trata de los llamados cascarones astrales, o sea los cuerpos desechados o cadáveres de las entidades que pasan del mundo astral al celeste.
Estos cascarones se confunden muchas veces con la verdadera entidad, y esa confusión ocasiona errores deplorables.
Todo ser humano tiene durante su vida en la tierra, además del cuerpo físico, otro de la misma configuración, pero de materia muchísimo más sutil, llamado "cuerpo astral" y por los indos linga sharira.
El cuerpo astral es una exacta contraparte del físico, como si fuese el sutilísimo molde del cuerpo físico.
Cuando al morir en la tierra desecha el alma al cuerpo físico sigue viviendo en su cuerpo astral hasta que también lo desecha al pasar al mundo celeste o devacán.
El cuerpo astral así desechado es lo que los ocultistas llaman "cascarón astral".
En una de nuestras obras anteriores dijimos sobre el particular lo siguiente:
"El cuerpo astral perdura todo el tiempo que el alma permanece en el mundo astral, y en determinadas circunstancias es físicamente visible, pues se manifiesta en lo que las gentes llaman fantasma o espectro y los metapsíquistas ectoplasma.
"Pero cuando la entidad astral pasa al mundo celeste, se desprende de su cuerpo astral, que entonces no es más que un cadáver, aunque de materia harto más fina que la de los cadáveres físicos.
"En tal estado carece de vida y de inteligencia y tiene el aspecto de una nube con forma humana, que va desintegrándose lentamente, mientras flota errático, por las zonas inferiores de la atmósfera astral, hasta que al fin se descompone en sus elementos originarios.
"Parece tener particular propensión hacia el cadáver físico, y a veces se junta con él para desintegrarse ambos a la par. "Los individuos de clarivisión psíquica, ya normal, ya provocada por alguna violenta emoción, han solido ver los cascarones astrales flotantes sobre las tumbas de los cementerios o sobre los campos de batallas, y los confundieron con espíritus de difuntos.
"Estos cascarones astrales pueden asumir apariencia de vida por el contacto con un médium cuya energía vital los "galvanice" y cuya subconciencia les preste algo de inteligencia.
"En algunas sesiones espirituales el médium vitaliza a uno de estos cascarones astrales, y la energía pránica de los circunstantes colocados en círculo ayuda a la vitalización, de modo que la comunicación recibida no es en tal caso ni más ni menos que una deslavazada repercusión de la subconciencia del médium, quien habla y actúa como un autómata.
"Desde luego que hay auténticas comunicaciones de entidades astrales genuinas, pero los investigadores de los fenómenos psíquicos han de ir con cuidado para no confundirlas con los cascarones astrales."
Una prestigiosa autoridad sobre la materia de que tratamos dice muy discretamente a este propósito:
"Cuando el alma, terminada su vida en el plano astral, desecha el cuerpo astral para pasar al mundo celeste, queda dicho cuerpo astral vacío durante un breve período y en condiciones anormales pueden verlo las personas vivientes en la tierra, quienes suelen creer que es el espectro de un difunto.
"Cierto es que hay verdaderas apariciones, pero no lo es un desechado cuerpo astral sin vida ni inteligencia, que se reduce a un agregado de moléculas, cual una nube con semejanza de forma humana.
"Generalmente, el cuerpo astral sólo se desglosa del físico en el momento de la muerte, aunque muy raras veces se desdobla y otras no tan raras se le ve flotando sobre el cuerpo físico dormido...
"Es un error atribuir conciencia y vida a un cascarón astral; pero es posible darle cierta espuria semejanza o apariencia de vida, sin relación alguna con la verdadera entidad que lo desechó al pasar a proseguir su evolución espiritual en el mundo celeste.

"No puede el cascarón astral adquirir ni asimilarse nuevas ideas ni fundir en ellas actividades nuevas; pero hay en él cierto magnetismo remanente derivado de los impulsos que recibió durante la vida física...

"Es susceptible de quedar galvanizado por algún tiempo a cansa de una corriente mediumnímica que lo coloque en estado de aparente conciencia y vida, parecido a aquel en que se hallaría un enfermo a quien durante un colapso trasladaran a otro aposento y al volver en sí se extrañase de todo su ambiente y respondiera con vagas palabras a cuanto se le preguntase.

"Semejante estado de conciencia no tiene nada que ver con las nociones de pasado y de porvenir. Es una conciencia automática, derivada de1 médium."

Dice otro autor sobre el particular:

"Estos desechos astrales, vacíos y en vías de desintegración, no están en modo alguno relacionados con las almas a que pertenecieron, sino que son meros cascarones, sin mente ni alma, aunque todavía conservan un resto de vitalidad.

"Son cadáveres astrales, tan cadáveres como los desechados cuerpos físicos: Pero, así como el cadáver físico puede galvanizarse por medio de una intensa corriente eléctrica, de modo que giren sus ojos, se muevan sus miembros y aun exhale algún gemido, así también puede el cadáver astral quedar galvanizado por la vitalidad que inconscientemente le presta un médium si las condiciones son favorables, y aun es posible que se materialice y aparezca en ectoplasma moviéndose y hablando, pero todo ello por la influencia mental del médium y de los circunstantes."

El estudiante de ocultismo que sea cuidadoso hallará en las obras de las más prestigiosas autoridades muchas amonestaciones contra el riesgo de confundir los fenómenos concernientes a los cascarones astrales con las auténticas comunicaciones entre los vivientes en la tierra y las almas desencarnadas.

Pero por falta de verídica información es muy fácil que el vulgo caiga en el error de tomar los cascarones astrales por genuinos espíritus o entidades conscientes, y por ello ha recibido gravísimo daño el espiritismo racional.

Verdaderamente es una fantástica mojiganga la de estos cascarones astrales que vitalizados de un modo u otro por un médium asumen la apariencia y suplantan la individualidad de los parientes y amigos ya difuntos de quienes por conducto del médium quieren evocarlos.

De esta terrible experiencia han sido víctimas muchos ardientes investigadores de los fenómenos psíquicos y también no pocas personas de buena fe que llevadas de su vivo amor a sus difuntos trataron de comunicarse con ellos.

Parece que la generalidad de las gentes tienen en nuestros días mucha necesidad de verdadero conocimiento oculto, en vista de la despertada afición a presenciar o intervenir en fenómenos psíquicos cuya índole no comprenden.

Creemos no haber expuesto nada que pueda tomarse como ataque al verdadero y científico espiritismo del mundo occidental. No tenemos tal intención ni es tal nuestro sentir.

Sabemos que por medio del espiritismo moderno pueden haber recibido muchas almas fervorosas el conocimiento de las verdades espirituales y llegado a las puertas de la alta sabiduría oculta.

En efecto, el espiritismo moderno apenas se ocupa ni se preocupa de los fenómenos y enfoca toda su mentalidad en la indagación de las verdades referentes a la vida superior del alma.

Las advertencias y consejos que hemos dado van dirigidos a cuantos se agitan en los arrabales y suburbios del espiritismo, anhelosos de presenciar fenómenos intensamente sorprendentes y emocionantes.

También convienen las mismas amonestaciones a los que por vana curiosidad, sin espíritu científico, se suman al movimiento de investigaciones psíquicas.

A unos y otros les advertimos que se exponen a gravísimos riesgos si abren las puertas de su mente y de su alma a las influencias astrales sin que nadie los guíe y sin tener la suficiente preparación para actuar sin guía.

Hay en el mundo astral pantanos y ciénagas con apariencia de suelo firme donde pueden hundir sus pies los curiosos impertinentes.

Por tanto, ¡MUCHO CUIDADO CON LAS VIBRACIONES INFERIORES DEL MUNDO ASTRAL!

Mantened fijas mente y alma en las verdades espirituales y resistid la tentación de intervenir en los fenómenos de rastrero psiquismo.

No hay satisfacción en la fase lunar del ocultismo, sino que, por el contrario, graves peligros amenazan.

¡Volved el rostro al Sol! Vivid en las espirituales cumbres a donde no llegan los miasmas palúdicos del hediondo cenagal del psiquismo.

Nunca repetirán bastantes veces estas advertencias quienes cordialmente se interesen por el bien de la humanidad.

CAPÍTULO XVIII
El Segundo Sueño del Alma

Una de las muchas características que sorprenden al estudiante de ocultismo es la perseverante unidad con que actúa la Naturaleza en medio de su múltiple variedad.

En todos los planos de existencia se vale la Naturaleza de unos cuantos métodos fundamentales o modos de manifestación que muy luego indaga el investigador y al fin los descubre si prosigue paciente y cuidadosamente la investigación.

Entre dichos métodos fundamentales se cuenta el de que siempre interpone la Naturaleza un período de descanso, pausa, sueño o recuperación entre el fin de un período de actividad y el comienzo de otro.

Muchos ejemplos de ello tenemos en el plano físico, como la pausa del péndulo entre sus dos oscilaciones, la que se hace entre la espiración e inspiración del aliento, el sueño entre los crepúsculos vespertino y matutino, el descanso del ser humano durante su período prenatal, etcétera.

En el mundo astral observamos el mismo fenómeno en el sueño entre el término de su vida astral y el comienzo de la celeste, así como entre el término de la celeste y la nueva encarnación.

Tal período de reposo es una de las características de la vida de ultratumba y lo designan los ocultistas con el nombre de segundo sueño del alma, al que precede la gradual debilitación de la actividad consciente y el deseo de descanso a causa de la fatiga y laxitud que nota al término de su vida astral.

Advierte el alma que ha trascendido la mayor parte de sus ambiciones, ansias, apetitos y deseos, y la invade el anhelante pensamiento de haber cumplido el propósito de su destino y conjetura que va a entrar en una nueva fase de su existencia.

Pero el alma no experimenta dolor a la proximidad de su segundo sueño, sino al contrarío, satisfacción y felicidad, como si presintiera algo que la descansara, fortaleciera y restaurase.

Como el fatigado viajero que trepó por los escarpados senderos de la montaña hasta llegar a la cumbre y se deleita en las experiencias del camino, así el alma comprende que va a disfrutar de un bien ganado descanso, y lo espera gozosa.

Puede haber pasado el alma pocos años o acaso ciento o mil de los de cómputo terreno en el mundo astral, según su grado de evolución, pero, sea corta o larga su estancia, experimenta al fin cansancio, y como los viejos en la vida terrena, comprende que ha terminado allí su labor y ha de proseguirla en otra condición' de vida.

Tarde o temprano invade al alma el deseo de adquirir nuevas experiencias y manifestar en nueva vida terrena sus adelantos en los mundos astral y celeste.

Por estos motivos, así como por el impulso de los deseos no eliminados aún del todo, o acaso por saber que algún alma afín de los subplanos inferiores está dispuesta a reencarnar y desea su compañía, entra en la corriente que la conduce al renacimiento en. familia y ambiente adecuados a su grado de evolución.

En consecuencia, se sume gradualmente en profundo sueño, y cuando le llega la hora "muere" en el mundo astral como antes murió en el mundo terrestre, donde al fin reencarna.

Pero en rigor el alma continúa parcialmente soñolienta, porque no despierta en seguida en el infantil cuerpo físico que asumió para renacer, sino que va despertando gradualmente durante la niñez y juventud de su personalidad.

Es interesantísima esta circunstancia de la ciencia oculta, y aun la desconocen muchos cuidadosos estudiantes. De ella dijimos en una de nuestras obras anteriores:

"El alma no despierta completamente de su segundo sueño en seguida de renacer, sino que continúa soñolienta durante la infancia, y su gradual despertar se pone de manifiesto en el desarrollo de la inteligencia del niño a medida que la ejercita.

"En algunos casos despierta el alma prematuramente y entonces vemos los niños prodigios, que casi siempre son anormales y enfermizos.

"Ocasionalmente despierta la soñolienta alma del niño y nos sorprende con alguna observación profunda o nos admira por sus reflexivas consideraciones y acertada conducta.

"Los raros casos de los niños prodigios denotan que el alma ha despertado rápidamente, mientras que por otra parte hay casos en que el alma tarda en despertar y el individuo no da muestras de inteligencia hasta cerca de la virilidad.

"Se han conocido casos en que el alma no despertó completamente hasta los cuarenta años de vida física y entonces sorprendió por su insospechada actividad."

Pero ahora tratamos principalmente de las primeras etapas del segundo sueño del alma, que se pasan en el devacán.

Durante este período efectúa el alma las que pudiéramos llamar "digestión y asimilación espiritual".

Así como en su primer sueño digiere el alma los frutos de la vida terrena y se asimila las lecciones experimentales allí recibidas, durante el segundo sueño digiere y se asimila las admirables experiencias de la vida astral, ya que durante ellas no sólo reflexionó el alma sobre su pasada existencia terrena, sino que edujo nuevas facultades y reconstruyó progresivamente su carácter.

Mucho se ha purificado el alma durante su permanencia en el astral y algún tanto evoluciona.

El fuego del remordimiento y de la sincera contrición quemó muchos vicios, consumió hartas pasiones, mientras que algunas virtudes y armónicas cualidades medraron en el suelo espiritual del devacán, al beso del Sol del Espíritu que allí la envuelve.

Pero todavía le es necesario proceder al inventario del modificado carácter, reajustar las condiciones mentales y preparar se espiritualmente para la nueva vida; y todo esto lo efectúa el alma durante las primeras etapas de su segundo sueño.

De la manera que el hombre terreno restaura sus fuerzas durante el sueño corporal para emprender refrigerado la obra del nuevo día, así el alma desencarnada recibe del Único Manantial la energía necesaria para entrar fortalecida y vigorizada en la nueva vida física.

No nos detendremos en pormenores acerca de este acrecentamiento de energía, porque nos hemos propuesto prescindir de todo tecnicismo.

Basta exponer que durante su segundo sueño el alma recibe un nuevo impulso de energía y se le da el molde de su nuevo cuerpo físico.

También experimenta la atracción de sus lazos kármicos, que la llevan a reencarnar en condiciones congruentes con su índole, de conformidad con el aforismo de que lo semejante atrae a lo semejante.

Cada alma va a donde le corresponde por lo que ella es. No está sujeta a la arbitraria voluntad de ningún ser celeste ni terrestre, sino tan sólo a la inexorable, equitativa y absolutamente justa ley del karma.

No hay favoritismo ni tampoco el más leve riesgo de que el alma sea víctima de la más mínima injusticia, por muy atrasada que esté en su evolución.

Altos y bajos están sujetos a la misma ley, porque todos son hijos del mismo Padre, todos niños en el parvulario del Logos. Todos van por el mismo Sendero, tanto si lo conocen como si no, pero su ignorancia no se les anota como deuda pendiente en el ajuste de cuentas.

En el último capítulo de esta obra trataremos de las almas que -trascienden las reencarnaciones en la tierra y ascienden a planos y etapas de existencia muy superiores a cuanto la tierra pueda ofrecer.

Las mencionamos aquí tan sólo para decir que también ellas han de pasar por el segundo sueño antes de seguir adelante.

En tal caso se desprenden durante el sueño de todos los residuos de los deseos personales y renuncian al fruto de toda acción para emanciparse de la rueda de muertes y nacimientos.

Tales almas ya no vuelven a la tierra, a no ser que voluntariamente asuman la función de guías e instructores de la evolucionante humanidad.

Tomaron forma humana en diversas épocas de 1a historia del mundo y vivieron entre los hombres, pero siempre fueron mucho más que hombres excepto en la apariencia, porque ya habían trascendido la humana evolución.

Hay planos de existencia mucho más altos que el astral. Bienaventurada el alma que al despertar del segundo sueño se halla en el aun más bajo nivel de aquellos planos superiores.

Hasta el más docto sabio inclina reverente la cabeza a la mención de tan excelsas cumbres de espiritual existencia que exceden a cuanto el hombre sea capaz de imaginar.

CAPÏTULO XIX
Renacimiento

Hemos dicho en el capítulo anterior que al sumirse el alma en el segundo sueño la arrastra la corriente de la atracción kármica hacia el renacimiento en un ambiente y bajo condiciones congruentes con su carácter.

Según veremos en el capítulo siguiente, algunas almas se substraen a la corriente de renacimiento y ascienden a superiores planos de actividad y existencia; pero la inmensa mayoría de las almas pasan desde el devacán al renacimiento en la tierra, porque tal es su karma.

Sin embargo, conviene prevenir contra el error, demasiado frecuente por desgracia, de creer que el karma es algo adusto y despiadado, que premia o castiga con arreglo a un código moral establecido.

Por el contrario, el karma es sencillamente la ley de causa y efecto, de acción y reacción o de causalidad, de suerte que nuestras malas acciones nos castigan y nuestras buenas acciones nos premian por sí mismas, pero no recibimos premios a causa de las buenas acciones ni castigos a causa de las malas. La acción obra por sus efectos.

En resumen, los premios y. castigos derivan de la índole de nuestro carácter, que a su vez es la suma algebraica de las buenas y malas cualidades. Cuando la resultante es el deseo interviene el karma, y por tanto el deseo es la fuerza motora del karma y por medio del karma, del renacimiento.

A muchos les parece que el renacimiento en la tierra es algo a que está forzada el alma, aun contra su deseo.

Precisamente sucede lo contrario, esto es, que el alma renace en la tierra por deseo de vida senciente.

Nadie renace en la tierra contra su voluntad, sino porque quiso y deseó renacer.

La corriente del renacimiento arrastra a las almas porque sus deseos y aficiones se convirtieron en ansias que sólo puede satisfacer la vida terrena.

Aunque las almas no son conscientes de ello, se colocan instintivamente de nuevo bajo las operaciones de la ley de tracción que las empuja al renacimiento en el ambiente más adecuado a la manifestación y expresión de su nuevo carácter.

Hambrientas están las almas de satisfacer sus apetitos y hasta que no sacien el hambre no podrán eliminar el deseo.

Esto no significa que se hayan de satisfacer todos los deseos, porque sucede frecuentemente que las nuevas experiencias mueven al alma iluminada por la intuición a repugnar lo que antes apeteció, de suerte que por sí mismo, por consunción muere el deseo.

Pero, mientras el deseo se mantiene vivo atrae al alma hacia los objetos ambientes y circunstancias capaces de satisfacerlo. Esto sucede lo mismo en la vida astral que en la vida física.

El deseo es el propulsor que lleva al alma al renacimiento.

El alma que mantiene sus deseos de las cosas terrenas y de la vida senciente y no puede reprimirlos es naturalmente arrastrada por la corriente kármica hacia las condiciones en que pueda realizarlos.

Mas cuando al cabo de muchas vidas terrenas se convence el alma de la deleznabilidad y falacia del deseo material, cede a la atracción de la vida superior, se substrae de la corriente de renacimientos y asciende a superiores esferas.

Hay quienes cuando llegan a viejos en la vida terrena se muestran desengañados del mundo y anhelan abandonarlo cuanto antes.

Estas personas son perfectamente sinceras en sus manifestaciones, pero si penetráramos en la intimidad de su ser descubriríamos algo muy diferente.

En general, no es que estén cansadas de la vida sino tan sólo de la vida terrena que han experimentado durante aquella encarnación.

Echaron de ver la índole ilusoria de cierta serie de experiencias terrenas y sienten repugnancia por ellas.

Sin embargo, tienen otro linaje de deseos y ansían otra suerte de experiencias en la tierra.

No encontraron satisfacción ni dicha en sus personales experiencias; pero si son sinceras consigo mismas seguramente dirán que hubieran sido dichosas sI en vez de "tener lo que tuvieron" hubiesen "tenido aquello otro".

Quizá el sI condicional represente amor correspondido, fama, riqueza, poderío, éxito, talento, en una palabra, la semilla de sus deseos remanentes que las mueven al renacimiento.

Muy pocos seres humanos llegarían a abandonar la vida terrena según dicen, aunque son sinceros: al decirlo, sino que como el viejo Omar quisieran reconstruir el mundo conforme a los deseos de su corazón y después vivir en el mundo reformado.

No es que les repugne la vida terrena sino las condiciones y circunstancias en que para ellos transcurre la vida en este mundo.

Si diéramos juventud al viejo, al indigente opulencia, al desdeñado amor, al cretino talento, seguramente querrían empezar a vivir.

Únicamente la imposibilidad de satisfacer sus deseos, de mejorar sus condiciones los mueve a no sentirse encantados de la vida, sino por el contrario a aborrecerla y desear que acabe, lo antes posible.

Durante su estancia en el devacán descansa, se refrigera y vigoriza el alma. Olvida las fatigas de pasadas encarnaciones y vuelve a ser joven y ambiciosa. Siente en su interior el estímulo a la acción, el ansia de insatisfechos deseos, aspiraciones y ambiciones, y gustosa cede a la corriente que la conduce al escenario de la acción en que espera realizar sus deseos.

Muchos ejemplos de este cambio de actitud tenemos en la vida terrena. A veces al llegar la noche nos sentimos cansados, abatidos y aun disgustados de los trabajos, penalidades y afanes del día; pero el descanso y el sueño mudan nuestro estado de 'ánimo y al despertar nos invade el deseo de reemprender nuestras acostumbradas actividades.

La mayoría de las personas no están realmente cansadas de la vida ni de las cosas de este mundo, sino que experimentan el natural impulso hacia "otras cosas" y "otros lugares"; y un cambio de lugar y de preocupación les desvanecería el aburrimiento.

No están disgustadas del mundo, sino tan sólo mental y emocionalmente fatigadas.

Lo mismo sucede con el cansancio del alma desencarnada. Si se muda a otro plano de existencia y toma el elixir se hallará dispuesta a desempeñar nuevo papel en el drama de la vida terrena.

Otro punto sobre el cual menudean los equívocos es el relativo a la inconsciencia del alma en la designación del ambiente de su nuevo nacimiento.

Desde luego que en las almas de atrasada evolución el proceso es casi del todo instintivo y no hay en realidad elección de ambiente; pero cuando el alma está ya algún tanto espiritualmente evolucionada y tiene algo de intuición y conciencia espiritual, vislumbra en el devacán las condiciones en que ha de renacer y a veces por su propio albedrío las elige.

Si la individualidad es muy potente, no vislumbra sino que ve claras las circunstancias, ambiente y condiciones más adecuados a su adelanto en la nueva vida, y a ella se somete bajo las indispensables limitaciones del karma.

Otro punto que necesita esclarecimiento es el referente a la índole de los deseos promotores de la reencarnación.

No precisamente han de ser estos deseos de índole siniestra ni han de tener carácter concupiscente.

Por el contrario, pueden ser anhelos nobles, levantadas aspiraciones, aunque entrañen el principio emocional del deseo.

Tanto los deseos nobles como los viles son las semillas de la acción, y el impulso hacia la acción es la característica que distingue al deseo.

Siempre el objeto del deseo es tener, hacer o ser algo.

El amor, aun en su más alta modalidad, es una fase del deseo, y lo mismo cabe decir de las más nobles aspiraciones.

El deseo de beneficiar al prójimo es tan deseo como el de perjudicarlo.

Así es que muchas almas inegoístas renacen impulsadas por el deseo insistente de ser útiles a la humanidad, de realizar alguna magna obra en beneficio del mundo o cumplir algún deber inspirado por el amor.

Pero, nobles o viles, si estos deseos están relacionados con las cosas e intereses de la tierra son propulsores del renacimiento.

Por otra parte, el alma que no experimenta en su intimidad ni el más leve deseo de renacer en el mundo físico, no reencarna, sino que asciende a superiores niveles a donde no alcanza la atracción de la tierra.

Su karma las aleja y no las acerca al mundo material.

Sin embargo, muy pocas se hallan en esta condición, aunque lentamente llegarán a ella en siglos venideros todas las almas, porque todas están en el Sendero de Perfección en el que poco a poco, grado por grado, van espiritualmente evolucionando.

Quienes tengan interés en conocer algo de esta vida superior del alma, lean el siguiente capítulo, último de esta obra, y si la lectura los conmueve habrán dado el primer paso hacia la liberación final.

CAPITULO XX
Más Allá de la Reencarnación

Los que se figuren que la filosofía yoguística enseña que el alma está sujeta a una cadena sin fin de reencarnaciones, no han penetrado el espíritu de las enseñanzas.

Semejante perpetuidad de reencarnaciones terrenas resulta absurda con sólo considerar que la Tierra, como astro, es uno de los innumerables mundos de preparación, que tuvo principio y ha de tener fin.

El mundo terrestre es una de tantas escuelas que de tiempo en tiempo se instalan en el Cosmos, y muchas de ellas son moradas de grado muy inferior.

El alma humana subsistirá millones de eones después que esta Tierra y millares como ella se hayan desintegrado y restituido su materia a la sustancia originaria de que procedieron.

Dar importancia primordial a la vida planetaria de la Tierra en el orden cósmico es contrario a las enseñanzas de los sabios. Además, no es cierto, como muchos reencarnacionistas se figuran,

que en la presente etapa de su evolución sólo pueda progresar el alma encarnada en el mundo terreno.

Si bien es verdad que la mayoría de los seres humanos han de pasar muchas encarnaciones terrestres antes de alcanzar la liberación, también es cierto que cuando el alma llega a la etapa de evolución espiritual en que ya no la atan lazos terrenos, entonces es imposible que ni por un momento vuelva obligadamente a la tierra.

Hay actualmente muchas almas que en los planos superiores están desprendiéndose de las ligaduras terrenales porque han entrado en la etapa final de la humana evolución.

También hay ahora en la Tierra muchas almas que están pasando su última encarnación y al morir su cuerpo físico irán a esferas sin relación directa con el mundo físico.

Existen asimismo otras almas muy adelantadas en el camino de la liberación, que sólo han de reencarnar una vez más en este mundo, para después alcanzar un excelso estado de espiritualidad y sabiduría.

Nos encontramos hoy en día próximos al fin de un ciclo en que gran número de almas se están preparando para ascender a las esferas superiores, y acaso algunos de los que lean estas líneas se hallen muy adelantados en el presente ciclo de evolución.

Fuera insensato empeño el intento de describir la índole de la vida del alma en los planos superiores de existencia, pues no hay palabras lo bastante expresivas para dar a entender su significado, ni conceptos mentales capaces de entrañar la idea.

Además, la mayoría de las personas no tienen aún la mente disciplinada hasta el punto de concebir la índole de la vida superior del alma.

Por término medio, la mente humana sólo es capaz de concebir la vida astral ordinaria, pues la devacánica está más allá de la comprensión vulgar.

Si así sucede en lo que toca a planos tan relativamente inferiores, ¿cómo será capaz un entendimiento vulgar de concebir la vida en esferas o niveles de existencia que comparados con los subplanos superiores del mundo astral son lo que el suntuoso palacio es respecto del destartalado tugurio?

Baste saber que los planos, niveles, esferas, mundos o estados de conciencia se suceden en la infinita escala de la vida del alma que por ella asciende en demanda de lo Infinito.

Sólo puede el alma librarse de la rueda de muertes y nacimientos cuando conoce la verdad respecto de su naturaleza y de su relación con el Todo.

Cuando percibe la ilusoria naturaleza del mundo fenomenal y se convence de que el espíritu es la única realidad, comienza el alma a desatar los lazos que la sujetan a la vida material y se debate contra los obstáculos y limitaciones que dificultan su adelanto.

La liberación del ciclo de muertes y nacimientos es la suprema finalidad de la filosofía yoguística.

Tal es la razón, motivo y fin de la yoga o unión con Dios.

Unos llegan a esta unión por medio de buenas obras; otros por amorosa devoción a Dios y el reconocimiento de la esencial divinidad de su propio ser; y otros por medio de la intuición y la sabiduría; pero cada uno de estos métodos de yoga son diferentes caminos o senderos que conducen a un mismo fin.

Cuando el alma comprende la verdadera naturaleza de las cosas terrenales ya no siente m el más leve apego a ellas.

Muere entonces el deseo y el alma alcanza su liberación espiritual.

Desprendida de la atracción de las cosas terrenas, remonta el vuelo a las superiores esferas de existencia.

Las filosofías orientales están rebosantes de esta idea expuesta en diversidad de formas.

Para el ocultista iniciado, todas las enseñanzas religiosas del mundo tienen su aspecto esotérico, cuyo espíritu es siempre la liberación.

Mientras escribimos estas líneas se fija nuestra mirada en un libro puesto sobre nuestra mesa de trabajo, una historia de Oriente compuesta por un autor occidental, quien ha comprendido el espíritu de Oriente y con acierto lo expresa.

Dice así, de conformidad con la esencia de las enseñanzas:

"El objeto del sabio, según la vieja doctrina hinduista, es llegar a ser dueño absoluto de sí mismo y sobreponerse o mostrarse indiferente a la atracción de todas las mundanas seducciones.

"El hombre ordinario es un preso atado a la esclavitud del mundo y adherido a los ilusorios objetos de sensación.

"Quienquiera que anhele emanciparse de semejante esclavitud debe cortar sus ligaduras por medio de larga y penosa austeridad, hasta que cuantos residuos queden de su mundano apego se eliminen como se escurre el agua del plumaje de un cisne.

"Ha de vivir de conformidad con la fórmula clásica como rueda que continúa girando después de cesar el impulso originario, o como rama que sigue balanceándose después de haber levantado el vuelo el ave que en ella se posara.

"Está despierto, en antítesis de aquellos a quienes todavía ciega la ilusión. Es libre, en contraste con los aún esclavos."

Sin embargo, se equivoca este autor al hablar de "una larga y penosa austeridad" necesaria para romper las ligaduras.

Las más prestigiosas autoridades repudian las prácticas ascéticas de maceración y tortura y no las estimulan.

La verdadera práctica es la adquisición de sabiduría y abrir el corazón al influjo de la sabiduría divina, que se infundirá en forma de intuición.

No hay más que conocer la verdadera naturaleza de las cosas materiales para sentir disgusto por ellas.

Por tanto, el conocimiento es el magno liberador.

Cierto que el puro amor inegoísta, el yoga de devoción, limpiará las escamas de los ojos del alma, y que las obras realizadas y los deberes cumplidos sin apetito de recompensa, el yoga de acción, esclarecerá la vista del alma. Sin embargo, el mejor yoga de todos es el de sabiduría.

A quienes anhelen la liberación les recomendamos el detenido estudio de la filosofía yoguística o cualquiera de las modalidades de la religión de sabiduría, así como el estricto cumplimiento de las leyes de la vida espiritual que subyacen en todas las doctrinas religiosas rectamente comprendidas.

A nuestro entender, la mejor guía espiritual es la preciosa joya titulada LUZ EN EL SENDERO, que se funda en ocultos aforismos ya conocidos de los iniciados atlantes.

LUZ EN EL SENDERO transcribe las reglas que en las paredes del Vestíbulo del Conocimiento escribieron los Guardianes de la Puerta de Oro.

Dice un autor que LUZ EN EL SENDERO es para las almas anhelosas lo que Parsifal es para los amantes de la música: una fuente inagotable de maravillosa inspiración.

Los siguientes aforismos, transcritos de las páginas del precioso libro, dan la clave cuando acertadamente se comprende su significado.

El resto del libro contiene la explicación comentada de los aforismos.

1. Mata la ambición.
2. Mata el deseo de vida senciente.
3. Mata el deseo de comodidades.
4. Mata el sentimiento de separatividad.
5. Mata el deseo de sensación.
6. Mata el afán de medro.
7. No desees más que lo que está en tu interior.
8. Desea únicamente lo que está más allá de ti.
9. Desea tan sólo lo inasequible.
10. Desea ardientemente el poder.
11. Desea fervientemente la paz.
12. Desea la posesión sobre todas las cosas.
13. Busca el camino.
14. Busca el camino por introversión.
15. Busca el camino avanzando impávidamente por el exterior.
16. Presencia la batalla, y aunque combatas, no seas tú el combatiente.
17. Busca al guerrero y que pelee en ti.
18. Recibe sus órdenes para la batalla y obedécele.
19. Escucha el canto de vida.
20. Recuerda la melodía que oigas.
21. Aprende de ella la lección de armonía.
22. Observa anhelosamente la vida que te rodea.
23. Aprende a mirar inteligentemente en el corazón de los hombres.
24. Mira más atentamente en tu propio corazón.
25. Descubre los secretos que guardan para ti la tierra, el aire y el agua.
26. Inquiere de los santos varones de la tierra los secretos que guardan para ti.
27. Inquiere de tu verdadero e íntimo ser los secretos que para ti guarda a través de los siglos.
28. Adhiérete firmemente a lo que no tiene sustancia ni existencia.
29. Escucha únicamente la voz del silencio.
30. Mira sólo lo igualmente invisible para los sentidos internos y externos.

Estos axiomas tienen siete distintos significados superpuestos uno a otro, y los van descubriendo los ojos del alma a medida que evoluciona.

Bienaventurado el capaz de comprender siquiera el primer significado, porque está en el Sendero.

El comentador de dichos aforismos da el siguiente valioso consejo a los que buscan el Sendero de liberación y paz :

"Busca en el corazón la fuente del mal y ciégala, porque lo mismo mana en el corazón del devoto discípulo que en el hombre pasional. Sólo el fuerte puede segarla. El débil ha de esperar que se agote.

"Es una planta que secularmente medra. Florece cuando el hombre pasó muchas vidas.

"El que entra en el sendero del poder ha de arrancar todas las cosas siniestras de su corazón, aunque el corazón sangre y le parezca al hombre estéril e inútil la vida.

INDICE